

Charles Kovacs
**Historia de
Grecia**

índice

i	ciudades estados	1
	i:1 un sacrificio real	1
	i:2 guerreros espartanos	3
	i:3 oradores atenienses	4
	i:4 esclavo por un ojo	6
	i:5 el árbol con la luz del sol	7
	i:6 Hippias, el tirano cruel	8
ii	lucha por la libertad	10
	ii:1 la cólera del rey Darío	10
	ii:2 la batalla de Maratón	11
	ii:3 el poderoso ejército de Jerjes	13
	ii:4 emboscada en las Termópilas	14
	ii:5 barcos de guerra	15
	ii:6 el juicio de las tejuelas	17
iii	Sócrates	19
	iii:1 la edad de oro	19
	iii:2 el amor a la sabiduría	21
	iii:3 Alcibíades, el traidor	22
	iii:4 la muerte de Sócrates	24
iv	Alejandro Magno	26
	iv:1 domando el Bucéfalo	26
	iv:2 sueños de conquista	28
	iv:3 el nudo gordiano	29
	iv:4 la última batalla	31

el profanador de textos

profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.

(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: ‘Mitología Griega. Historia Griega’

Autor: Charles Kovacs

ISBN:

Título original: Original sin títulos.

Editorial: Sin editorial.

Sin fecha de impresión.

primera pedeeeficación:
febrero 18, 2017

actualizaciones:

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número ⁽⁰²⁾ o un número y una letra ^(02c) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

acerca de este proyecto

una nota de el profanador de textos

Rudolf Steiner sitúa el inicio la Época del Alma Consciente en 1413###. Como cada época es de 2160 ños, la anterior, la del Alma Racional, comenzó el e 747 aC.

ñLos libros publicados en ‘árboles muertos’ suelen requerir un número abundante de páginas para ser redituables.

La historiografía clásica divide la evolución de Grecia en:

- el período oscuro (1100-750 aC),
- el período arcaico (750-500 aC),
- el período clásico (500-323 aC),
- el período helenístico romano (323 aC en adelante).

¿Simple coincidencia la de Rudolf Steiner?

El cambio del Alma Sensible al Alma Racional es el que hace cambiar del tiempo mítico al tiempo histórico.

Además, la fecha probable de fundación de Roma es alrededor del 760 aC.

i ciudades estados

i:1 un sacrificio real

En los tiempos antiguos, Grecia estaba dividida en muchas ciudades, y cada una de ellas era, de por sí, como un país.

Aunque los griegos hablaban el mismo idioma —un idioma muy hermoso— cada ciudad tenía sus propias leyes, sus propias costumbres, sus propios reyes y regidores, sus propios ejércitos y sus propias flotas de barcos.

Cada griego estaba inmensamente orgulloso de su ciudad y listo a combatir por ella.

Y ocurría con frecuencia que alguna ciudad entraba en guerra con otra.

Hemos escuchado como Teseo llegó a ser rey de Atenas en la antigua Grecia.

Muchos años después de que Teseo muriera, Atenas estaba gobernada por un descendiente suyo llamado Codro.

Y durante su reinado, una ciudad llamada Mégara entró en guerra con Atenas.

Mégara tenía muchos más soldados que Atenas, y en la primera batalla, aunque los atenienses combatieron con bravura, fueron vencidos.

El rey Codro se dio cuenta, entonces, que Atenas no era suficientemente fuerte como para ganar la

el profanador de textos

guerra, y no sabía qué hacer para salvar a su amada ciudad.

En la Grecia antigua, la gente recurría al Oráculo de Delfos para obtener consejos.

En la historia de Heracles ya han escuchado ustedes algo acerca de este Oráculo, cómo la sacerdotisa estaba sentada en una silla de tres patas sobre una grieta en la tierra.

El humo rosado proveniente de la grieta y cada una de las palabras que decía la sacerdotisa eran visualizadas como provenientes del Dios Apolo.

Delfos era una ciudad sagrada, y ningún griego le hubiera jamás declarado la guerra.

Era la única ciudad que nunca había estado en guerra.

Codro, el rey de Atenas, fue a Delfos a preguntarle al oráculo cómo podía salvar a su ciudad, y la sacerdotisa le dijo:

—Atenas será destruida mientras viva el rey Codro.

»Pero si el enemigo, los soldados de Mégara, matan al rey Codro, Atenas se salvará.

Codro era un hombre valiente, y estaba preparado para dar su vida para salvar Atenas.

Pero, tal como ocurrieron las cosas, esto no resultaba tan fácil.

Los soldados de Mégara se enteraron de la profecía y cuando el rey salió a luchar en la próxima batalla, se rehusaron a combatir contra él.

Pero combatieron con todos los atenienses que lo rodeaban, y una vez más, los soldados de Atenas fueron vencidos.

El rey Codro tuvo que huir con ellos para no ser tomado prisionero.

Vemos entonces que Codro aceptaba dar su vida y sin embargo no podía hacerse matar en combate.

Pero amaba a Atenas y quería salvar a la ciudad, y pensó un plan para engañar al enemigo.

Disfrazado de campesino, llevó frutas a la zona enemiga para venderla a los soldados.

Una vez que uno de los soldados hubo comprado y pagado algunas frutas, Codro gritó:

—¡Eh! Pícaro, no me has pagado.

El soldado se puso furioso y dijo:

—Te he pagado, y no me pongas nombres.

Pero el rey gritó:

—Tú, y todos los hombres de Mégara no son sino ladrones y bandidos.

Los otros soldados se enojaron y le gritaron que se vaya.

Pero el rey se enfureció más.

Los maldijo, tomó un grueso palo e hirió a uno de los soldados tan malamente que cayó muerto.

Era demasiado para los soldados, y sacaron sus espadas. Hubo una breve pelea, y el campesino cayó al suelo sangrando, y pronto murió por las heridas que tenía.

Recién entonces los soldados se dieron cuenta que debajo de los harapos de campesino el hombre muerto tenía una túnica real color púrpura.

Se dieron cuenta horrorizados que habían matado al rey Codro.

Recordaron la profecía del oráculo y se desanimaron tanto que abandonaron la guerra y volvieron a Mégara.

Los habitantes de Atenas estaban agradecidos al rey Codro por haber salvado a la ciudad.

Codro no tenía hijos, y los atenienses pensaron que no había nadie, después de él, capacitado para ser rey.

Pero la ciudad necesitaba alguien que la gobernara, y la gente decidió elegir a nueve hombres que la dirigieran en conjunto durante un año.

Al año siguiente serían elegidos otros nueve hombres o arcontes.

De esta manera, los atenienses fueron los primeros en elegir a sus gobernantes.

Por primera vez en la historia no había rey, sino un gobierno elegido por el pueblo, lo que se llama democracia. ♣

i:2 guerreros espartanos

Habrán escuchado que Grecia no sólo era un país bajo un gobierno único sino que estaba dividido en muchas ciudades estados, cada una de ellas con su propio gobierno, ejército y flota.

Cada ciudad estado no era tan sólo las casas y calles, sino que también el campo que las rodeaba.

Las dos ciudades mas importantes de Grecia en ese momento de la historia eran Atenas y Esparta.

Pero la vida en Atenas y la vida en Esparta eran totalmente diferentes, tan diferentes como el invierno y el verano.

Veamos primero como era la vida en Esparta. Ya hemos escuchado acerca de Menelao, el rey de Esparta, que estaba casado con Helena, y el gran héroe Heracles era particularmente admirado por los espartanos, así como Teseo era especialmente recordado en Atenas.

Las leyes de Esparta habían sido elaboradas por un sabio llamado Licurgo. Él había viajado por muchos países extranjeros estudiando sus reglamentos y costumbres, por lo cual la gente de Esparta le había pedido que hiciera sus leyes.

Licurgo y sus amigos espartanos pensaban que había solamente una tarea digna de realizar, que era combatir.

Si se le hubiese mostrado a un espartano una hermosa pintura o se le hubiera hablado sobre poesía o ciencia, habría mirado con asombro y habría dicho:

—Todo esto no tiene sentido.

»El hombre ha de estar interesado en fortalecer sus músculos y en practicar el manejo de la espada y la lanza para llegar a ser un guerrero cada vez mejor.

» Cualquier otra cosa no es sino una pérdida de tiempo.

¡Hasta trabajar era una pérdida de tiempo para los espartanos!

Todos los trabajadores, desde los hombres de campo hasta los carpinteros y zapateros, eran esclavos.

Un espartano debía, sin embargo, construir su propia casa, pero su trabajo real era combatir, o entrenarse para combatir, y nada más.

O sea que, dado que los espartanos creían que combatir era la única tarea que valía la pena realizar, las leyes que hizo Licurgo tuvieron un solo propósito: hacer de cada muchacho espartano un guerrero feroz.

Todos niños nacidos en Esparta eran llevados ante un consejo que discernir si iba a ser fuerte y saludable o débil y enfermizo.

Si la criatura parecía débil, el consejo daba la orden:

—¡Lleven a este débil a la montaña y déjenlo allí en una roca para que muera.

Los padres y las madres no tenían nada que alegar a esto, y los niños eran llevados a un lugar salvaje llamado Monte Taigeto.

Si el niño era saludable, le era permitido permanecer en su casa solamente hasta la edad de siete años. Al llegar a esa edad se los alejaba de su familia y se los llevaba a una escuela militar en la cual vivía hasta la edad de veintiún años.

La vida en esas escuelas militares era dura.

No había camas. Los niños tenían que dormir en el piso desnudo sobre tarimas de juncos.

Tenían que juntar los juncos con las manos desnudas; no se permitían las navajas.

La comida era escasa, y los chicos siempre tenían hambre.

Si querían comer más, se les decía que tenían que robar. Pero si alguno de ellos era apresado robando, se les proporcionaba una paliza sin piedad, no por robar, sino por haber sido apresado.

Los muchachos eran entrenados a soportar penurias proporcionándoles severos castigos por los más mínimos hechos.

Si mostraban signos de cansancio después de una larga marcha o de algún ejercicio gimnástico eran azotados, y era vergonzoso mostrar cualquier signo de dolor.

Una vez, un niño espartano escondió un cachorro de zorra que había robado debajo de su túnica. El zorro le mordió, pero el muchacho no dio señales de dolor.

Finalmente el zorro le mordió tan fuerte que el chico cayó muerto sin haber dado ningún grito.

Nos chicos usaban la misma túnica liviana tanto en invierno como en verano.

Pasaban horas y horas todos los días haciendo gimnasia. Corrían y saltaban, practicaban con espadas y lanzas y marchaban.

Pero todo debían hacerlo al aire libre, sin importar si hacía frío o calor, o si llovía, o si había viento o nevaba.

Para calentarse cubrían sus cuerpos con aceite y arena.

Tanto los varones como las mujeres en Esparta eran obligados a hablar lo menos posible.

No parloteaban ni charlaban entre ellos. Y cuando hablaban decían en pocas palabras lo que otras personas sólo podían decir hablando largamente.

Hay una historia acerca de un soldado espartano que fue a decirle adiós a su madre antes de ir a la guerra.

Ella señaló su escudo y dijo simplemente:

—*Con él o sobre él.*

¿Qué quiso decirle? Veamos.

Cuando en la Grecia antigua un soldado escapaba del campo de batalla debía tirar su pesada armadura para poder correr más rápido.

Si volvía ‘con él,’ con el escudo, demostraba no haber tenido que correr, sino que había peleado con bravura.

Pero si un soldado era muerto, sus camaradas traían su cuerpo ‘sobre él,’ o sea, sobre su escudo.

Lo que quiso decir la madre espartana realmente fue: “Pelea valientemente, no escapes nunca, aún a costa de tu vida.

Pero en lugar de decir todo eso dijo solamente cinco palabras: “Con él o sobre él.”

Con esta historia podemos darnos cuenta de que en Esparta las mujeres eran tan duras como los hombres.

Una madre prefería ver muerto a su hijo antes que verlo regresar como un cobarde.

Pero tampoco era fácil la vida para los adultos en Esparta.

Nadie podía hacer lo que le gustaba porque sus vidas estaban controladas por reglamentos y leyes estrictos, como por ejemplo:

- Los espartanos debían casarse a la edad de treinta años, ni antes ni después.
- Los hombres debían construir su propia casa usando sólo un hacha y una sierra.
- No estaban permitidas luces en las casas o en las calles de noche, de manera tal que durante la guerra los espartanos estuvieran entrenados a ver en la oscuridad.
- Ninguna familia espartana tenía su propia cocina ni podía elegir su propia comida. Tenían una cocina comunitaria cada catorce familias, en la cual los esclavos cocinaban comidas muy sencillas.
- Nadie podía poseer objetos de oro o plata. Los espartanos pensaban que el lujo llevaría a la gente a ser más blanda. El único dinero que tenían eran monedas de hierro.

Y los espartanos eran de por sí gente ‘como el hierro’: duros, rudos y sin temores.

No eran hombres de palabras sino de acciones. ♣

i:3 oradores atenienses

Recordarán que los espartanos y los atenienses eran tan diferentes como el invierno y el verano.

Los espartanos tenían reyes, dos reyes, que regían uno al lado del otro.

Y todos los espartanos debía obedecer a esos reyes sin objeción alguna.

Pero los atenienses, como ya hemos visto, elegían a sus gobernantes y podían cambiar a sus arcontes todos los años.

Los atenienses tenían también un ‘dador de leyes,’ tal como los espartanos tenían a Licurgo.

Su nombre era Solón. Era totalmente diferente de Licurgo.

Solón y sus amigos atenienses amaban la belleza. En realidad, hasta el día de hoy ninguna otra nación tuvo tal amor por la belleza, ni hizo cosas tan hermosas como la gente de la Atenas antigua.

Cuando los atenienses se ponían sus togas tenían un gran cuidado en que sus pliegues cayeran de la manera correcta.

Y no había una jarra, una olla o una cacerola en las casas atenienses que no estuviera bellamente construida.

el profanador de textos

En una colina llamada la Acrópolis, en medio de la ciudad, los atenienses construyeron un gran templo a la diosa Palas Atenea.

Había también muchos otros templos con brillantes columnas de mármol y hermosas estatuas de marfil y oro.

Y las calles de la ciudad estaban delineadas con muchas otras estatuas de dioses, diosas y héroes.

Contrariamente a los espartanos, a los atenienses les gustaba hablar.

Aún en las conversaciones diarias, hablaban bellamente, como hablan hoy en día los actores en el escenario de un teatro.

El arte de hablar se llama 'elocuencia,' y los atenienses admiraban la elocuencia.

Hablar crudamente o en forma descuidada era vergonzoso para un ateniense.

Lo que se dijera debía ser inteligente y hermoso, y les gustaba escuchar a las personas que hablaban bien.

Los niños llevaban una vida mucho más fácil en Atenas que en Esparta.

Podían vivir con sus padres, aunque también tenían que hacer una gran cantidad de ejercicios gimnásticos.

Todos los griegos querían hacer que sus cuerpos fueran fuertes y saludables.

Pero los muchachos y las muchachas atenienses hacían sus ejercicios de gimnasia a la intemperie solamente durante los días de sol.

Cuando hacía frío, sus maestros los llevaban al gimnasio a practicar elocuencia.

Aprendían también muchos poemas de Homero, poemas sobre la guerra de Troya y las aventuras de Odiseo.

Recitar bien un poema, narrar una historia de manera tal de que fuese placentero escucharla, era el orgullo de todo ateniense, fuera hombre o mujer.

Los espartanos pensaban que el hombre sólo debía entrenarse para combatir, pero los atenienses también eran hábiles artesanos y artistas, así como negociadores inteligentes, mercaderes y hombres de negocios, y sus barcos navegaban por el mundo, trayendo riquezas para la ciudad.

Solón, el hombre de las leyes de Atenas, fue en sus comienzos un hombre de negocios.

Viajaba a países extranjeros por negocios y, con frecuencia, se ausentaba durante muchos años.

Un día, a su regreso luego de una prolongada ausencia, encontró a sus amigos ciudadanos tristes y decaídos.

Acababan de perder otra guerra contra Mégara y de pagar una gran cantidad de oro a esa ciudad para que los dejara en paz.

Los atenienses estaban tan avergonzados que los nueve arcontes había hecho una ley prohibiendo hablar de la guerra.

Por supuesto que la gente seguía hablando de ella, pero sólo en voz baja.

En el centro de Atenas había una gran plaza llamada la Ágora, a la cual los atenienses concurrían para hablar y escuchar a los que hablaban en público.

En aquellos días no había diarios ni televisión y si el gobierno había establecido una nueva ley o deseaba hacer algún anuncio los oradores iban a la Ágora para informar a la población.

Cuando Solón supo acerca de la guerra perdida y acerca de la necia ley que establecía que nadie podía hablar sobre ella, fue directamente a la Ágora. Había sitios elevados en distintos lugares de la Ágora en los

cuales los oradores podían pararse, de manera tal de quedar un poco más altos que los que escuchaban.

Estas tarimas se llamaban 'rostrum.'

Si alguien subía al rostrum significaba que tenía algo que decir, y la gente se juntaba a su alrededor para escuchar.

Solón subió a un rostrum y pronto se reunió una multitud, y comenzó a hablar sobre la guerra contra Mégara.

Pero no violó la ley, porque no habló de la manera acostumbrada.

Recitó un hermoso poema llamando a la gente a tomar otra vez las armas y vencer al viejo enemigo.

Los atenienses se sintieron tan conmovidos con ese poema que fueron nuevamente a pelear y conquistaron Mégara una vez y para siempre.

Después de esto, los atenienses hicieron a Solón su único arconte y legislador.

Pueden ver entonces el poder que una hermosa oratoria tenía en Atenas.

Algo así no podría haber ocurrido nunca en Esparta. ♣

i:4 esclavo por un ojo

Piensen en la diferencia entre ir a caminar un día frío de invierno o ir a caminar un día caluroso de verano.

El día caluroso el sol nos hace sentir calientes, mientras que en el invierno tienen que estar activos para mantenernos calientes.

O sea que las personas que viven en países en los cuales el invierno es más prolongado que el verano deben mantenerse calientes por su propio esfuerzo durante la mayor parte del año.

Sabemos que hoy en día hay sistemas modernos de calefacción, pero en la antigüedad las personas de los países fríos, tales como Suecia y Noruega, no podían depender del sol para mantenerse calientes. Tenían que moverse y estar activos.

Pensemos, por otro lado, en las personas de países con sol brillante y cálido durante muchos días al año como Italia.

El sol brilla, el cielo es azul, y el verano es muy largo. Las personas en Italia no necesitan realizar mayores esfuerzos para permanecer cálidos.

Y si visitamos Italia encontraremos algo muy interesante.

A los Italianos les gusta hablar. ¡Aman discutir cosas, contar la historia de su vida y preguntar sobre la historia de otro!

Pero Italia también es famosa por sus hermosas pinturas y estatuas, y la gente va de todas partes del mundo para ver sus obras de arte.

Si tratamos de formarnos una imagen de quienes viven en los lugares de mucho frío del norte y de quienes viven en zonas más cálidas del sur, descubriremos algunas cosas interesantes.

Generalmente la gente que vive en los climas cálidos, y que no tienen que emplear mucho tiempo para mantenerse con una temperatura confortable, les gusta hablar.

También aman la belleza y emplean su tiempo en hacer cosas bellas.

Pero la gente de países fríos del norte, donde el verano es corto y tienen que emplear mucho más esfuerzo para mantenerse confortablemente cálidos, son famosos como navegantes valientes y guerreros.

A diferencia de los Italianos, no son conocidos por sus pinturas y obras de arte, pero en cambio se los recuerda como guerreros y conquistadores.

Y si visitan alguno de los países del norte verán que la gente no habla tanto como los Italianos.

Pensemos una vez más en Atenas y Esparta. Aunque estas dos ciudades tienen más o menos el mismo clima cálido y soleado, los atenienses y los espartanos piensan y actúan muy diferente.

Los espartanos dicen: “No nos importa el calor del sol. Nuestros niños deben permanecer afuera, aún en los días fríos. Deben aprender a calentarse frotando su cuerpo con arena y aceite.”

De esta manera, cuando los niños espartanos se hacen mayores resultan más parecidos a la gente del norte: guerreros valientes y gente de pocas palabras.

Pero los atenienses, que aman el calor del sol y llevan a sus niños adentro cuando hay tormenta, se crían amando el arte y la belleza, tanto las palabras bellas como las cosas hermosas, más parecidos a los Italianos.

Podemos ver entonces que la gente que se criaba en los tiempos de la antigüedad, dependiendo de su propia energía para calentarse, resultaban personas de acción más que de palabras, mientras que los atenienses estaban mucho más interesados en las cosas bellas y en hablar.

Y fue de esta manera que los espartanos eran tan diferentes de los atenienses.

Ya han escuchado que en Esparta estaba Licurgo, que hizo las leyes que formaban guerreros rudos y feroces.

Pero inicialmente, cuando Licurgo hizo esas leyes, no todos los espartanos estaban complacidos.

Había alguna gente rica en la ciudad que, por su riqueza, disfrutaban de toda clase de lujos.

Y no estaban complacidos al saber que debían dejar sus mullidas camas, sus comidas suntuosas y hermosos vestidos.

Pensaban que esas leyes eran injustas.

Un día, cuando Licurgo caminaba por la calle, se reunieron a su alrededor gritándole con ira y maldiciéndolo.

Uno de ellos, llamado Alcandro, golpeó a Licurgo en la cara con un bastón y le vació un ojo.

Cuando los otros vieron lo que había pasado, se avergonzaron y entregaron a Alcandro al legislador, diciéndole que podía hacer con él.

Licurgo, como un verdadero espartano, no había pronunciado una sola palabra al ser atacado.

Y cuando le entregaron a Alcandro, dijo sencillamente:

Alcandro lo siguió hasta su casa. Aunque estaba aterrorizado ante el pensamiento de la sanción que le correspondería por la haberle hecho perder el ojo, Alcandro era demasiado espartano como para huir.

Una vez en su casa Licurgo llamó a todos sus sirvientes y esclavos y les dijo que quedaban en libertad.

Una vez que los esclavos dejaron a Licurgo, les dijo a Alcandro:

—*Será mejor que pongas un vendaje en el ojo que has vaciado.*

Alcandro lo hizo con los dedos temblorosos.

Licurgo le dijo que preparara comida, y cuando esta estuvo lista, le dio otros quehaceres domésticos para hacer.

Y esta fue la pena para Alcandro: ser el sirviente de Licurgo.

Y resultó el sirviente más fiel y que más amaba a su patrón.

Llegó luego el día en que Licurgo dio sus leyes a Esparta.

Le pidió a los espartanos que juraran no modificarlas hasta que regresara de un largo viaje.

Juraron la ley, y Licurgo y su fiel Alcandro dejaron Esparta.

Pero no volvieron nunca, y nadie pudo descubrir jamás adonde fueron.

Pero los espartanos mantuvieron su palabra y sus niños continuaron yendo a las escuelas militares, en donde se hacían valientes guerreros. ♣

i:5 el árbol con la luz del sol

Ya han escuchado la historia de como Licurgo trató al hombre que le había vaciado un ojo. Y han escuchado también como Solón, el legislador de Atenas, inspiró a los atenienses a combatir y conquistar Mégara, recitando un poema.

Vemos otra vez la diferencia entre ambas ciudades: los atenienses admiraban a Solón por su elocuencia, en tanto que los espartanos admiraban a Licurgo por sus actos. Los espartanos no hablaron mucho, pero actuaron inteligente y generosamente.

No es difícil ahora suponer que la ciudad de Atenas fue nombrada así por la Diosa de la Sabiduría, Palas Atenea.

Atenas estaba bajo protección especial de Palas Atenea, y hay una narración de como se produjo esto.

Mucho, mucho tiempo atrás, mucho antes de Solón o Codro, ni aún de Teseo, en el lugar donde más adelante iba a ser construida Atenas sólo había algunas chozas de pescadores.

Pero con el transcurso del tiempo, fueron llegaron mas y mas personas e hicieron allí sus casas.

Cuando alcanzó el tamaño de una pequeña ciudad. la gente decidió que había llegado el momento

de ponerle un nombre, y que debía llamarse según el dios o la diosa que les hiciera el regalo más valioso.

Había dos dioses que querían ser protectores de la nueva ciudad.

Uno de ellos era Poseidón, el Dios del Mar, y la otra Palas Atenea.

Y compitieron por el honor.

Poseidón fue el primero en ofrecer un regalo a la nueva ciudad. Golpeó una roca con su bastón de tres puntas, llamado tridente, y surgió de él un hermoso caballo blanco.

La gente de la nueva ciudad pensaba que era un hermoso regalo, y algunos gritaron:

—*¡Llamemos a la ciudad Poseidonia!*
»*Poseidón es un gran Dios; protegerá a nuestros barcos en el mar.*
»*Y nos ha regalado este hermoso caballo.*

Pero otros gritaron:

—*¡No! Esperemos ver el regalo que Palas Atenea nos hará.*

Cuando llegó Palas Atenea, golpeó el piso con su espada, e instantáneamente surgió un árbol.

Pero no era muy hermoso ni muy grande. Las ramas y el tronco eran retorcidas y con nudos, mientras que las lánguidas hojas verde grisáceas eran pequeñas y con formas de espadas.

La gente notó entonces que daba frutos, pero a diferencia de las rojas manzanas o las doradas naranjas, estos frutos parecían pequeñas ciruelas duras y verdes.

Y los habitantes de la ciudad no se sintieron muy impresionados.

Pero Palas Atenea dijo:

el profanador de textos

—Este árbol es un olivo, da aceitunas.

»Crece en suelos rocosos y duros, y prospera en climas cálidos, cuando el sol entra en su fruto.

»Sus frutos no son ni dulces ni jugosos, pero la luz y el calor del sol harán que su jugo sea aceite dorado.

»Y el aceite de oliva es tan nutritivo que el pobre que no pueda procurarse carne, puede alimentarse igual con comer un puñado de aceitunas.

Después de una pausa, la diosa continuó:

—Presionen las aceitunas y obtendrán el aceite, que utilizarán para cocinar.

»Y el aceite no se deteriorará ni se pondrá rancio, como ocurre con la manteca con el calor.

»Y podrán extraer la luz del sol oculta en el aceite de oliva de otra manera. Llenen un recipiente y floten en él una mecha de lino encendida.

»La luz del sol guardada alumbrará sus casa durante la noche oscuras.

»Y, además, cuando practiquen gimnasia, pueden untarse el cuerpo con aceite, lo cual tornará suaves y flexibles sus músculos.

Una vez más se detuvo un momento y luego dijo:

—Pueden ver entonces que la luz del sol que vive en el aceite de oliva les da cuatro bendiciones.

La gente se dio cuenta del hermoso regalo que era el árbol.

Escogieron a Palas Atenea como protectora y llamaron a la ciudad Atenas a la ciudad en su honor.

Y más adelante, cuando Atenas era una ciudad floreciente y rica, le construyeron un gran templo a la Diosa.

Y el artista mas famoso de aquellos tiempos, el escultor Fidias, le hizo una estatua a Palas Atenea de marfil y oro.

Hoy en día el olivo sigue siendo la fuente mas importante de comida en Grecia.

Y en la antigüedad, la pequeña lámpara llena de aceite de oliva era la única luz durante la noche.

Los sabios de Grecia escribieron sus libros a la luz de esas lámparas, y los grandes emperadores de Roma no tenían sino esa luz.

Pero, hay algo mas.

Como es la propia luz del sol la que va al olivo, la rama del olivo ha sido siempre el símbolo de la paz.

En la historia de Heracles han escuchado acerca de los juegos Olímpicos, en los cuales los griegos se reunían para probar sus fuerzas y destrezas unos con otros.

La ciudad de Olimpia era un lugar sagrado, que nunca fue atacado, en la cual se juntaban pacíficamente las personas de todos los lugares, y se entregaban unos a otros hojas de olivo en signo de paz. ♣

i:6 Hippias, el tirano cruel

Ya han escuchado como Solón se transformó en el legislador de Atenas.

En esa época había una muy buena razón por la cual la ciudad necesitaba a alguien que hiciera leyes nuevas y justas.

Atenas se había hecho muy rica.

Los barcos atenienses llevaban los hermosos productos de los artesanos, el aceite de oliva, y muchas otras mercaderías, que se vendían con grandes ganancias en otras tierras.

Sin embargo, no todos los atenienses eran ricos; algunos permanecieron pobres. Estos pobres, con frecuencia, tenían que pedir prestado dinero a los ricos, y algunas veces no podían devolverlo.

Y los ricos tomaban en compensación sus casas o lotes de tierra, lo que llevó a los pobres a ser mendigos, sin casas, y hasta esclavos de los ricos.

A la gente pobre de Atenas no le gustaba este estado de cosas, y surgieron luchas y argumentos.

Aunque los atenienses ricos eran poderosos, ricos y pobres se dieron cuenta de que las contiendas podrían, tarde o temprano, destruir a la ciudad.

Así es que le pidieron a Solón que hiciera leyes que proveyeran paz para todos los ciudadanos de Atenas.

el profanador de textos

Lo primero que hizo Solón fue cancelar todas las deudas, lo que significaba que la gente pobre que debía plata a los ricos ya no tenían que pagarla.

También dijo Solón que la gente que había resultado esclava quedaban en libertad.

Decretó que los ricos debían pagar impuestos, que serían utilizados para ayudar a las personas pobres que lo necesitaran.

Las leyes de Solón trajeron la paz, y los atenienses estaban tan agradecidos que le pidieron que fuera el regente de la ciudad durante el resto de su vida.

Pero Solón rehusó diciendo:

—*Les advierto, atenienses, ¡no permitan que un hombre solo rijan la ciudad!*

»*Tal hombre podría ser un tirano, podría hacer lo que quiera, y perderían la libertad de elegir a otros gobernantes, si no estuvieran satisfechos.*

»*Atenas ya no sería mas una democracia.*

Y así Solón continuó siendo un ciudadano común, y una vez mas los atenienses tuvieron que elegir nueve hombres como arcontes.

Solón les había advertido a los atenienses que si permitían que solo una persona rigiera la ciudad, esa persona podía ‘convertirse en un ‘tirano.’

En la actualidad, la palabra ‘tirano’ significa un gobernante maligno o un patrón cruel.

Pero en la antigua Grecia ‘tirano’ significaba una persona que tomaba el gobierno por sí mismo, sin derecho alguno a ello, como el que tenía un rey o un príncipe.

Y cuando Solón ya era viejo, llegó al poder un tirano en Atenas. Su nombre era Pisistrato, y tomó el poder de una manera astuta.

Al principio, le dijo a la gente pobre de Atenas que los ricos estaban planeando esclavizarlos y oprimirlos otra vez.

Entonces Pisistrato se ofreció para protegerlos.

Pero para esto necesitaba un cuerpo de guardias armados, para evitar que los ricos lo mataran.

Pero en cuanto tuvo la guardia armada, la usó para detener a los nueve arcontes del consejo, y una vez hecho esto dijo:

—*De ahora en mas yo, y nadie mas, seré el regente de Atenas.*

Fue un engaño, pero los atenienses no podían hacer nada, porque los soldados de Pisistrato estaban listos para matar a cualquiera que se resistiera o que no obedeciera.

Era, en general, un buen tirano.

Trataba a Solón con gran respeto, y no modificó las leyes que él había hecho.

En los hechos, mientras Pisistrato vivió, Atenas floreció y se hizo aún mas rica.

Cuando Pisistrato murió, lo siguió su hijo Hípias. Pero Hípias no era tan inteligente como su padre.

Pisistrato había usado inteligentemente su poder, y había sido un regidor justo.

Pero Hípias fue un tirano maligno, que no dudaba en matar a cualquiera que hablara libremente en su contra.

Los atenienses habían sobrellevado al primer tirano, Pisistrato, porque su regencia no había sido demasiado dura y la ciudad había prosperado.

Pero no estaban dispuestos a soportar a Hípias, que los oprimía y era cruel.

Entonces resolvieron rebelarse.

Hípias, que era demasiado cobarde como para llevar a su cuerpo de guardias al combate, huyó, y Atenas quedó libre otra vez para elegir a sus propios regentes.

Pero esto no fue el fin para Hípias.

Después de huir de Atenas fue a ver a un rey grande y poderoso, un rey que durante mucho tiempo había planeado apoderarse de Atenas y de toda Grecia.

Su nombre era Darío, rey de Persia.

Hípias esperaba que cuando Persia conquistara Grecia el rey Darío lo haría otra vez regente de Atenas.

Así que deseaba apoyar a los persas a conquistar Atenas y toda Grecia. ♣

ii lucha por la libertad

ii:1 la cólera del rey Darío

Recuerdan que el mar al este de Grecia fue llamado Egeo después de que el rey Egeo, el padre de Teseo, se ahogó allí al ver las naves con las velas negras.

Si lo atravesamos llegamos hoy en día a las costas del país que llamamos Turquía.

Pero en la época en que el rey Solón hizo sus sabias leyes, se la llamaba Jonia.

Y los mercantes y marineros griegos habían construido una cantidad de ciudades en esas costas.

Y esas ciudades, que podríamos llamar colonias de Atenas, florecieron y se hicieron ricas.

Y, con el tiempo, esas ciudades griegas produjeron la envidia y voracidad de un poderoso vecino, el rey Darío de Persia.

¿Recuerdan las historias que escucharon sobre los persas, de Zaratustra y del rey Djemshid?

Desde aquellos tiempos, el reino de Persia había crecido. Su ejército había conquistado un país tras otro, y Egipto, Babilonia, y otros países menores habían sido incluidos bajo su dominio.

Persia era más un reino un enorme y poderoso imperio veinte veces más grande que toda Grecia.

Darío, el rey de Persia, no podía soportar la idea de que esas ciudades Griegas de la costa de Jonia,

próximas a su propio territorio, no fueran parte de su vasto imperio.

Un día envió un gran ejército para atacar una de esas ciudades griegas llamada Mileto.

La gente de Mileto combatió valientemente y los atenienses, sus amigos de la otra costa del mar Egeo, enviaron veinte barcos para ayudar.

Pero la pequeña ciudad de Mileto no pudo contener largamente el enorme ejército de Darío.

Finalmente, los soldados persas tomaron a Mileto. Todos los hombres fueron muertos, las mujeres y los niños trasladados afuera para ser esclavos, y la bella ciudad griega se transformó en una pila de ruinas humeantes.

Pero los veinte barcos griegos escaparon, y el rey Darío se enojó mucho pues Atenas —que no era más que una pequeña mota comparada con el imperio persa— se había atrevido a ofrecer resistencia.

Lo sintió como un insulto y quedó tan afectado que dio la orden de que a cada comida que tomara, un sirviente debía pronunciar: “Rey Darío, recuerda a los atenienses.”

Había estado planeando su venganza cuando el depuesto tirano Hippias llegó a Persia.

E Hippias le prometió al rey Darío que si fuera otra vez tirano de Atenas, haría que los atenienses fueran sirvientes obedientes de Persia.

Pero el rey Darío dijo:

—¿Que es Atenas? Sólo una ciudad, y yo soy el rey de cientos de ciudades como Atenas.

»Si envió mi ejército y mi flota, no quedaré satisfecho con Atenas.

»¡Quiero toda Grecia!

el profanador de textos

»Y un país que está dividido en tantas ciudades no podrá jamás resistir el poder de mi ejército.

»Y tal vez no sea necesario que envíe a mi ejército.

»Sólo tengo que amenazar a los griegos con mi poderío, y se rendirán.

Entonces el rey mandó mensajeros a todas, las ciudades de Grecia exigiéndoles dos cosas: agua y tierra.

Decir 'agua y tierra' era una señal de que debían aceptar al rey Darío como regente sobre sus tierras y mares.

Había algunas ciudades griegas como Corinto, Tebas y Mégara que le tenían tanto miedo al poder del rey Darío que le dieron 'agua y tierra' a los mensajeros, símbolos de rendición.

Pero Esparta y Atenas no lo hicieron.

Los espartanos eran personas de no muchas palabras, y sencillamente mataron a los mensajeros.

Esa fue su respuesta, y el rey Darío podría hacer con ella lo que quisiera.

Pero los atenienses hicieron otra cosa. Tiraron a uno de los mensajeros al río y le dijeron:

—¡Aquí está tu agua.

Y tiraron al otro en una zanja y le dijeron:

—¡Aquí está tu tierra!

Y luego les permitieron regresar hasta su patrón.

Cuando el rey Darío supo como los espartanos y los atenienses habían tratado a los mensajeros, su furia fue terrible. Gritó:

—¡Les voy a demostrar a esos miserables griegos quién es su señor y su patrón!

»¡Voy a destruir esas dos ciudades como destruí Mileto!

»Los soberbios espartanos rogarán clemencia, y los inteligentes atenienses lamentarán amargamente su pequeña diversión con los mensajeros.

»Toda Grecia temblará ante las hordas de los persas, que barrerán la tierra como una tormenta de granizo. ♣

ii:2 la batalla de Maratón

Recuerdan que el rey Darío estaba totalmente furioso cuando supo como habían sido tratados sus mensajeros en Atenas y en Esparta.

Les ordenó a construir una enorme flota para transportar un ejército de cien mil hombres atravesando el mar Egeo hasta Atenas.

Sus constructores de barcos trabajaron durante un año, y cuando los barcos estuvieron listos, se embarcaron los soldados persas.

Estaban tan seguros de su victoria que llevaron un gran cargamento de cadenas de hierro para engrillar a los miles de prisioneros que imaginaban que iban a traer como esclavos a su regreso.

Llevaban también grandes bloques de hermoso mármol para construir un gran monumento a su victoria.

Pero el rey Darío se quedó en Persia; tan tremendo ejército no podía dejar de ganar, y no era necesario que dirigiera él.

Atenas tenía solamente diez mil hombres para enfrentar a los cien mil persas: un griego por cada diez enemigos.

Pero los atenienses esperaban que los espartanos llegaran en su ayuda.

el profanador de textos

Cuando el ejército persa desembarcó en una bahía llamada Maratón, no lejos de Atenas, el corredor ateniense más rápido, un hombre llamado Filípides, fue enviado a Esparta para pedir ayuda.

Era un viaje de 213 kilómetros atravesando montañas y ríos, que sin embargo Filípides hizo en un día y una noche.

Los espartanos recibieron a Filípides muy amigablemente. Prometieron ayudar, pero como estaban celebrando un festival en honor del Dios Sol, no podían ir inmediatamente.

Sin embargo, le prometieron al corredor que sus soldados estarían allí para la luna llena, en una semana.

Filípides corrió de regreso a Atenas, otra vez en un día y una noche, portando la respuesta de los espartanos.

Esto fue una muy mala noticia para Atenas porque los persas había desembarcado a solo 42 kilómetros y no esperarían una semana para atacar.

En Atenas, muchas personas pensaban que no había esperanza y que su amada ciudad estaba ya perdida.

Pero había un hombre llamado Miltiades que les dio coraje.

Habló a los atenienses en la Ágora diciéndoles:

—He luchado antes contra los persas y conozco sus mañas.

»Si esperamos aquí en la ciudad hasta que ataquen, con toda seguridad perderemos nuestra ciudad, nuestra libertad y nuestras vidas.

»Pero si vamos hasta Maratón y los atacamos, la diosa Palas Atenea estará con nosotros y podemos muy bien ganar.

Los ciudadanos de Atenas lo aclamaron y le pidieron que fuera su líder y general.

Se armaron y marcharon hacia Maratón.

La bahía de Maratón, donde habían desembarcado los persas, está rodeada de colinas, y en lo alto de esas colinas fue donde Miltiades y los soldados atenienses hicieron su campamento.

El gran ejército persa estaba acampado abajo sobre la costa, cerca de la comida y abastecimientos de sus barcos.

A los guerreros del rey Darío no les gustaba la idea de atacar subiendo una cuesta: aún siendo los griegos una fuerza mucha más pequeña, tendrían una gran ventaja.

Y durante un par de días los dos enemigos, el pequeño ejército ateniense y el gran ejército persa sólo se miraban unos a otros.

Entonces Miltiades decidió no esperar más. Ordenó a sus hombres avanzar colina abajo y cargar contra el enemigo.

Una vez que los soldados atenienses habían comenzado a correr ya no podían parar.

Corrían cada vez más rápido, y chocaron con el ejército persa con tremenda fuerza.

Bajo tan terrorífica arremetida los persas quedaron atónitos.

Fue como si una avalancha les hubiera caído encima.

Se dieron vuelta y corrieron hacia los barcos.

Pero solamente algunos de los barcos tuvieron la suerte de escapar; muchos fueron capturados por los atenienses.

Y de esta manera, el ejército persa fue completamente derrotado.

Los atenienses habían ganado la batalla de Maratón, una batalla muy recordada en la historia.

Los atenienses le pidieron a Filípides, el corredor, que se hiciera una carrera hasta Atenas y llevara la noticia de la gran victoria.

Filípides ya estaba exhausto por la batalla y por el viaje ida y vuelta a Esparta, pero se salió inmediatamente y corrió los 42 kilómetros desde Maratón hasta Atenas sin detenerse.

Exhausto, llegó a la Ágora, donde la gente esperaba ansiosamente novedades.

—¡Hemos ganado!, —gritó con sus últimas fuerza, y cayó muerto.

El esfuerzo heroico de Filípides es recordado hasta el día de hoy, y los atletas de todas partes del mundo corren 42 kilómetros en los Juegos Olímpicos, en la carrera llamada maratón.

¡Pero nuestros modernos corredores no pelean durante muchas horas antes de correr!

Miltiades, que había conducido a los atenienses a la victoria, fue celebrado como el héroe de Atenas.

El miedo a Persia quedó en el olvido, y los griegos ahora sabían que los persas podían ser derrotados.

Unos pocos días después de la batalla llegó el ejército espartano, como lo habían prometido. Ya no era necesario, pero honraron a los atenienses y los elogiaron por su victoria.

Mientras tanto, Darío, el rey de Persia, en su furia juró que no descansaría hasta tomarse venganza.

Mandaría a Grecia un ejército tan grande como no se hubiera visto nunca en el mundo.

Pero Darío murió antes de que tuviera lugar la próxima invasión, y su hijo fue quien condujo la guerra contra Grecia. ♣

ii:3 el poderoso ejército de Jerjes

Darío había pasado cuatro años preparando un enorme ejército y una flota ¡Jara invadir a Grecia por segunda vez cuando murió.

Su hijo, el rey Jerjes pasó otros cuatro años haciendo al ejército y la flota aún más grande.

Esta vez el plan era atacar a Grecia por ambos lados, por tierra y por mar.

Pero para ir a Grecia por tierra el ejército persa debía cruzar el angosto estrecho llamado Helesponto, que separa a Europa de Asia, hoy llamado estrecho de los Dardanelos.

Usar botes para cruzar al ejército hubiera demorado demasiado, por lo que Jerjes le ordenó a sus ingenieros construir un enorme puente.

Pero tan pronto como el puente estuvo concluido, una gran tormenta azotó a las aguas levantando olas tan altas que el puente fue destruido.

Jerjes estaba tan furioso que les cortó la cabeza a los ingenieros.

Pero quería castigar también a las olas que se habían atrevido a destruir el puente construido por el rey de reyes.

Los soldados tomaron entonces látigos y le dieron azotes al mar por comportarse tan mal.

Otros ingenieros construyeron rápidamente un nuevo puente, mas fuerte que el primero.

Y cuando el inmenso ejército comenzó a atravesarlo, transportaron un gran trono en cual iba sentado Jerjes.

El emperador quería ver su ejército, el ejército mas grande jamás convocado.

Los soldados no eran solamente persas, sino que venían de todas partes del Imperio. Había guerreros negros con pieles de leopardo, árabes en camellos, egipcios armados con hachas de combate, babilonios en carros de guerra, jinetes de las montañas del Cáucaso, como así también herreros constructores de armas, cocineros y sirvientes de los oficiales.

Era un ejército increíblemente grande, de cinco millones de hombres, y tardó siete días y siete noches para que todos cruzaran sobre el puente sobre el Helesponto.

Al mismo tiempo, 1.200 barcos de guerra cruzaban el mar.

Era como si todo el poderío de Asia estuviera saltando sobre la pequeña Grecia.

Los griegos habían mandado algunos espías para saber las fortaleza de los persas, pero fueron capturados y “llevados frente a Jerjes.

Esperaban que les cortaran la cabeza, pero Jerjes sonrió astutamente y les dijo:

—*¡Qué vean la fortaleza, la majestad de Persia!*

»*¡Muéstrenles el ejército y luego mándenlos a Grecia de vuelta!*

»*Cuando los griegos sepan nuestro poderío decaerá todo su empuje de combatir contra nosotros.*

Y parecía que Jerjes estaba en lo cierto.

Cuando el poderoso ejército hizo su aparición en el norte de Grecia, ciudad tras ciudad abrían sus puertas a los persas.

Pero en el sur, las ciudades de Atenas y Esparta no tenían pensado rendirse.

Estaban decididas a combatir y a morir por su libertad.

Entre el norte y el sur de Grecia hay una cadena de altas montañas. El único camino para evitarlas es atravesando el Paso de las Termópilas, una angosta franja de camino entre acantilados escarpados y el mar.

Y el ejército persa marchó hacia ese paso.

Los espartanos fueron quienes tuvieron la tarea de defender el Paso de las Termópilas y demorar al enemigo tanto como fuera posible.

Pero se estaban celebrando las Olimpíadas, y los espartanos no hubieran ni soñado perder los juegos por una invasión de ‘bárbaros.’

Los griegos llamaban ‘bárbaros’ a todo extranjero, lo que significaba ‘gente bruta, ignorante y de mal comportamiento.’

De manera que muchos de los espartanos fueron con calma a ver los Juegos Olímpicos, dejando solamente a un pequeño grupo de espartanos para que cuidaran el paso.

Hemos visto que el ejército persa era grande y fuerte, de cinco millones de soldados.

Los griegos que fueron a cuidar el paso eran cinco mil, un griego por cada mil persa.

Pero el corazón y la fuerza real de los cinco mil griegos eran los 300 espartanos bajo las órdenes de Leónidas, su rey.

Y finalmente ¡fueron realmente sólo 300 espartanos los que se animaron a ponerse en el camino del inmenso ejército persa! ♣

ii:4 emboscada en las Termópilas

Cuando el ejército persa se aproximaba al Paso de las Termópilas, su líder supo que el paso estaba defendido por una pequeña fuerza griega.

Pero el rey Jerjes no podía imaginar que alguien fuera suficientemente loco como para ponerse en el camino.

En realidad, esperaba que los espartanos escaparía en cuanto vieran los incontables guerreros persas.

Pero aunque los espartanos pudieron ver las vastas hordas de persas aproximándose, no tenían intenciones de retirarse.

El rey Jerjes estaba confundido. Pensó que los griegos debían estar locos.

Mandó un hombre a caballo a pasar por el paso e informar lo que viera.

El jinete volvió dijo:

—Algunos espartanos estaban luchando y otros practicando saltos, pero había muchos peinándose sus largas cabelleras como si se estuvieran preparando para un festival, no para una batalla.

Jerjes estaba atónito. Pero uno de sus generales le dijo:

—Es su costumbre, ¡oh, rey de reyes!

»Cuando los soldados espartanos se preparan para una batalla se cepillan y se peinan el cabello, para lucir lo mejor posible cuando mueren.

»Podéis estar seguro, ¡oh, rey de reyes!, que ninguno de esos hombres se retirará.

Pero Jerjes se reía ante el pensamiento de que un grupo tan pequeño de hombres se atreviera a hacerle frente.

Mandó un mensajero a Leónidas, y el mensajero le transmitió:

—Jerjes, el rey de reyes, perdonará tu vida y la vida de tus hombres si entregan sus espadas y lanzas inmediatamente.

Pero Leónidas le respondió al mensajero con un verdadero y corto mensaje espartano:

—Ven y tómalas.

Esto enfureció al mensajero, que le gritó:

—Sabes que somos tantos que cuando disparemos nuestras flechas, oscurecerán la luz del sol.

Y un soldado espartano que estaba en la cercanía sonrió y dijo:

—Bien, al menos tendremos sombra para combatir.

Aún después de que el mensajero volvió con la respuesta, todavía Jerjes no creía que los espartanos iban a combatir.

Esperó cuatro días para que se retiraran, pero al quinto día perdió la paciencia y dio la señal de ataque al ejército.

Recuerdan que el paso era un camino angosto flanqueado de un lado por altos acantilados, y por otro por el mar.

Los espartanos se pararon hombro contra hombro cortando el camino, formando una barrera con sus escudos.

Los persas una y otra vez se lanzaron contra la pared de escudos, pero no podían atravesarla.

Y cada vez que atacaban, mucho eran derribados por las espadas y las lanzas de los espartanos.

Y como el camino era tan estrecho, los cinco millones de persas no podían atacar al mismo tiempo.

Y si trataban de ingresar demasiados persas en el estrecho paso, lo que conseguían era molestarse unos a otros.

Pero siguieron peleando, y oleada tras oleada los guerreros persas trataron de irrumpir a través de la formación de espartanos.

Y si caía un espartano, el que estaba detrás ocupaba su lugar, de manera tal de que la pared de escudos permaneciera intacta.

Hubo pronto una pila de persas muertos a la entrada del paso, de modo que había que retirar los cuerpos antes de llevar a cabo un nuevo ataque.

Y la pared de armaduras permanecía sin romperse.

Entonces el rey Jerjes mandó a su mejor regimiento, su cuerpo de guardias personales, llamados 'Los Inmortales,' para que la atravesaran.

Tres veces atacaron el paso de las Termópilas, y tres veces les hicieron retroceder.

A todo esto, el rey Jerjes estaba loco de furia. Muchos de sus soldados estaban desanimados y

no querían continuar mas eñ ataque y morir en el angosto pasaje.

Pero el rey le ordenó a sus oficiales usar el látigo, y los soldados persas fueron llevados a combatir como animales.

Pero aunque murieron muchos mas persas, no pudieron pasar.

Después de dos días de feroces batallas, la pared de escudos permanecía intacta, y Jerjes empezó a pensar que no quedaban esperanzas de pasar.

Pero esa noche un traidor, un griego llamado Epialtes, fue hasta el rey Jerjes y le dijo:

—*Conozco un sendero secreto sobre las montañas. Si sus soldados toman ese sendero llegarán al Paso de las Termópilas por detrás de los espartanos.*

El rey Jerjes le dio una buena recompensa a Epialtes, y durante la noche el traidor condujo a los persas por el sendero secreto.

Al llegar la luz del día, los espartanos vieron a su enemigo surgir de las colinas detrás de ellos.

Al mismo tiempo, otros soldados persas renovaron sus ataques en la entrada del paso.

Los espartanos se dieron cuenta que la batalla estaba perdida, pero estaban resueltos a hacerles pagar cara la victoria a los persas.

Atacaron a los bárbaros como leones furiosos.

Cuando se le rompieron las lanzas, siguieron peleando con las espadas cortas, y cuando se les rompieron las espadas, combatieron con las manos desnudas hasta el suspiro final.

Hubo un espartano que había quedado ciego en la batalla el día anterior. El rey Leónidas lo había mandado a su casa con un sirviente, pero cuando el soldado ciego, que ya estaba a cierta distancia

del paso, escuchó el ruido de la batalla, hizo que el sirviente lo llevara de vuelta.

El ciego preguntó:

—*¿Hacia donde están los persas?*

El sirviente lo giró hacia la dirección del enemigo, y el ciego sacó su espada y voló hacia donde estaba la pelea, para morir combatiendo con sus camaradas.

Murieron Leónidas y todos sus valerosos hombres.

Pero su valerosa acción contra el gran ejército de Jerjes nunca fue olvidada.

La batalla del Paso de las Termópilas fue el orgullo de todos los griegos.

Muchos años mas tarde los espartanos colocaron un león de piedra en el Paso de las Termópilas en honor del rey Leónidas.

Debajo del mismo se lee esta inscripción:

*Ve, cuenta a los espartanos,
tú que pasas,
que, obedientes a sus leyes,
aquí yacemos. ♣*

ii:5 barcos de guerra

A pesar de su acto heroico, los espartanos no pudieron detener al ejército persa en su marcha hacia el sur a través del Paso de las Termópilas.

Por lo tanto, una vez mas, Atenas tenía en sus manos el destino de Grecia.

Han escuchado acerca del gran héroe de Atenas llamado Miltiades.

Después de haber conducido a los atenienses a la victoria en Maratón, Miltiades había muerto por las heridas recibidas en una batalla naval.

Y quedó en manos de otro hombre con visión y coraje ayudar a los atenienses en su mayor hora de necesidad.

Su nombre era Temístocles.

Aunque era joven, Temístocles era diferente de los demás muchachos.

Mientras ellos jugaban, Temístocles permanecía en su habitación y hacía largos discursos.

Imaginando que uno de sus amigos había sido acusado de un crimen, hacía un discurso defendiéndolo.

Y, a diferencia de la mayor parte de los atenienses, a Temístocles no le importaban el arte y la belleza.

Cuando se le dieron una lira dijo:

el profanador de textos

—No me importa la música. Hay un solo arte que me interesa, y es el arte de hacer un país poderoso y grande.

Cuando Darío era todavía el rey de Persia y su ejército fue vencido por los atenienses en Maratón, la gente de Atenas pensaba que los persas no los amenazarían nunca más.

Pero Temístocles creía que los persas definitivamente retornarían, y usaba su elocuencia para convencer a los atenienses que debían invertir dinero construyendo buques de guerra.

La gente de Atenas no sabía que hacer, y mandaron mensajeros al Oráculo de Delfos pidiéndole consejo.

Y el Oráculo les dio una extraña respuesta:

—*Sólo paredes de madera pueden salvar a Atenas.*

Los atenienses quedaron confusos con esta respuesta, pero Temístocles explicó:

—*Las paredes de madera no son otra cosa que barcos, barcos de guerra.*

»*Escúchenme, atenienses!*

»*No podemos vencer a los persas en tierra, pero si vencemos a su flota, si los vencemos en el mar, ganaremos la guerra.*

Finalmente, los atenienses construyeron una flota de trescientos barcos de guerra.

Y esta flota, junto con otros cien barcos espartanos, era todo lo que Grecia tenía para combatir con el poderoso ejército y con los mil doscientos barcos del rey Jerjes.

Los persas marcharon hacia el sur, hacia Atenas, sin oposición.

Ningún ejército ateniense fue a su encuentro.

Bajo el comando de Temístocles todos los guerreros atenienses se habían instalado en los barcos, en tanto que las mujeres, los niños y los ancianos fueron llevados en botes a la isla de Salamina.

Cuando los persas llegaron a la ciudad de Atenas la encontraron desierta.

Inmediatamente le prendieron fuego a los edificios, y desde la isla de Salamina los atenienses veían a su amada ciudad en llamas.

Pero veían también en la bahía de Salamis su única esperanza: ¡las paredes de madera!, ¡la flota ateniense!

Y veían algo más: la flota persa de mil doscientos barcos que se aproximaba, y parecía como si todo el mar estuviera cubierto de barcos de guerra.

Los espartanos; eran guerreros sin miedos en tierra, pero no se sentían tan confiados como navegantes.

Y cuando vieron la enorme flota persa se desanimaron y decidieron escapar.

Pero cuando Temístocles supo lo que estaba ocurriendo, le hizo una astuta treta a los espartanos.

Mandó un sirviente a ver al rey Jerjes con el mensaje:

—*Mi patrón, Temístocles, es realmente vuestro amigo, y espera que cuando hayáis conquistado Grecia lo recompensareis por su consejo.*

»*El consejo de mi patrón es que ordenes que vuestra flota bloquee la bahía de Salamina, de manera tal que ningún barco griego pueda escapar.*

»*De esta manera podréis apresarse a todos como ratas en una trampa.*

Jerjes estuvo muy complacido con este consejo.

Sus barcos bloquearon la bahía en la cual la débil flota griega esperaba y los espartanos debieron permanecer y combatir, les gustara o no.

Pero en cuanto los persas hacían el cerco, Temístocles dio la orden de ataque, y cuando los espartanos vieron con que bravura combatían los atenienses, tomaron coraje y se unieron al combate.

Los barcos griegos eran mucho más pequeños que los grandes y pesados barcos persas, y al ser más pequeños eran mucho más ágiles y podían disparar adentro y afuera de las líneas de batalla persas.

Su principal armamento era un gran espolón montado en la proa del barco, en la línea de flotación. Los pequeños barcos griegos maniobraban ágilmente, giraban y hacían rodeos hasta estar en posición de atacar con el espolón a los barcos persas por el costado, destrozando el entablado.

De esta manera, el agua entraba por esas aberturas, y el barco se hundía.

Descontrolados, algunos de los barcos de madera persas chocaban unos con otros o contra las rocas al tratar de maniobrar en la estrecha bahía.

Pronto el mar estuvo lleno de barcos hundidos, de remos rotos, de tablas destrozadas, y de marinos ahogados.

En algunos de los barcos persas habían remeros por esclavos griegos, y en el calor de la batalla los esclavos se sublevaron al patrón persa y se unieron a la flota griega.

Ante todo esto, los restantes barcos persas giraron y se dieron a la fuga.

La batalla de Salamina fue una victoria completa de los atenienses.

El rey Jerjes había estado viendo la batalla desde un elevado trono sobre la costa.

Cuando vio destrozada a su gran flota, se llenó de miedo y desesperación.

Huyó con su cuerpo de guardias y, sin parar para descansar, anduvo todo el camino hasta Helesponto y de ahí a Persia.

Su orgullosa y jactanciosa actitud había sido humillada y socavada.

El ejército de Jerjes también regresó. Pero los barcos persas que llevaban los abastecimientos para las comidas se habían ido, y los soldados estaban hambrientos.

Llegaron las enfermedades, y murieron miles. Aún durante todo un año los persas en retirada continuaban azotando partes de Grecia, pero ya no era el orgulloso ejército que había sido.

Los espartanos aprovecharon la oportunidad de vengar al rey Leónidas, y en la gran batalla de Platea mataron a miles de guerreros persas.

Solo escaparon unos pocos miles de bárbaros para retornar a sus casas.

Nunca jamás ninguno de los reyes de Persia trató de invadir a Grecia otra vez, porque había aprendido una terrible lección.

Todas las ciudades griegas reconocieron que había sido Temístocles quien los había salvado de la derrota.

Su idea de construir una flota de barcos de guerra había sido correcta. Los espartanos le obsequiaron un hermoso carruaje de oro, pero el mayor honor le fue dado en los Juegos Olímpicos.

Cuando llegó Temístocles para tomar asiento, cientos de miles de personas de todas las ciudades se pusieron de pie y lo aclamaron.

Cuando se acalló la aclamación, todos esperaban que Temístocles pronunciara un largo discurso, pero el gran ateniense, que era famoso por su elocuencia, habló pocas palabras, como un buen espartano. Dijo:

—*Amigos, este es el día mas feliz de mi vida.*



ii:6 el juicio de las tejuelas

Los atenienses y los espartanos habían salvado a Grecia de la derrota con el poderoso Jerjes.

Pero ¿qué hubiera ocurrido si los persas hubieran conquistado Grecia?

Van a la escuela para aprender de sus maestros. Y, por supuesto, cuando sus maestros eran jóvenes, iban a la escuela para aprender de sus maestros, y a su vez, esos maestros fueron a la escuela para aprender de sus maestros.

Y de esta manera podemos ir mas y mas hacia atrás en la vida de las personas hasta llegar a una época muy, muy lejana en el tiempo en que la gente no podía haberle enseñado a sus niños ninguna de las cosas que aprenden ahora.

La gente de hace mucho, mucho tiempo atrás, no sabía leer ni escribir.

En el caso de [os bretones fueron los romanos los que llegaron y enseñaron a la gente primitiva.

No solo les enseñaron a leer y escribir, sino también como construir casas, caminos y templos.

Pero en un tiempo antes de eso, también los romanos fueron gente primitiva.

Y así como los romanos enseñaron a los bretones, los griegos enseñaron a los romanos.

Todos los conocimientos que los romanos enseñaron a los antiguos bretones provenían de los griegos.

Pueden ver que el pueblo griego fue el primer pueblo civilizado de Europa.

Fueron, en Europa, los primeros que estudiaron la naturaleza y descubrieron los secretos de la ciencia. Fueron, en Europa, los primeros que construyeron hermosas ciudades y que crearon bellas obras de arte.

Y los griegos enseñaron todas estas cosas —conocimientos sobre las artes, arquitectura, ciencia y filosofía— a otras naciones.

Los griegos son de Europeos, pero los persas son de Asia. Y si los persas hubieran conquistado Grecia, hubieran hecho de los griegos sus esclavos.

Y todos los griegos inteligentes acerca de los cuales hemos escuchado, hubieran sido llevados a Persia a servir a los reyes persas, y los europeos estaríamos, tal vez, buscando conocimientos en Asia.

Hoy en día hay muchos: estudiantes asiáticos estudiando en las universidades occidentales.

Pero si Jerjes hubiera conquistado Grecia hace dos mil quinientos años, tal vez estaríamos estudiando en las universidades de Asia.

Es decir que, cuando Atenas y Esparta salvaron a Grecia de la invasión persa, salvaron, sin saberlo, nuestra civilización europea.

Como han visto, los ciudadanos de Atenas no sólo eran valiente e inteligentes, sino que amaban la belleza.

Pero, sin embargo, también tenían defectos. Una gran falencia era que no ser muy confiables. Ellos, por ejemplo, honraban a una persona por algún gran acto, pero pocos años o quizá un mes después se volvían contra él.

el profanador de textos

Los atenienses cambiaban su parecer a menudo, y si no les gustaba alguno de sus líderes, lo deportaban de Atenas, y debía dejar la ciudad.

Como eran ciudades-estado, y como el valor y los derechos eran del ciudadano, del habitante de la ciudad, ‘echarte de la ciudad’ era ‘echarte del país,’ no ser más ateniense.

Pero ¿cómo decidían los ciudadanos de Atenas si alguien les gustaba o no?

Lo hacían de esta manera:

En un rincón de la Ágora había una pila de vasijas rotas o tejuelas. Todos los años, en Marzo, la gente se reunía en la Ágora y escribía en una tejuela el nombre del ateniense que mas les disgustaba.

Al finalizar el día, los arcontes contaban las tejuelas, y la persona cuyo nombre había sido escrito mas veces debía abandonar la ciudad durante diez años.

A esto sé le llamaba ostracismo, o el juicio de las tejuelas.

Temístocles era, como hemos visto, inteligente y valiente. Pero también era ambicioso y avaricioso.

Había sido una vez, mucho antes de [a batalla de Salamina, juez en Atenas.

Pero no había sido un juez justo; si alguien quería ganar un juicio sólo tenía que entregarle dinero y ganaba.

Y si eras amigo de Temístocles podías estar seguro de que ganarías el juicio.

Había un hombre en Atenas, Arístides, que era totalmente justo.

La gente le apodó ‘Arístides el Justo.’

Había sido general en la guerra contra Persia y había combatido valientemente con Miltiades en Maratón.

También había sido juez, pero para Arístides no hacían ninguna diferencia el dinero o la amistad.

Si tenías el derecho, ganabas, y si estabas equivocado, perdías.

Y como se pueden imaginar, Arístides y Temístocles no se llevaban bien.

En realidad, Arístides alertó a los atenienses de que Temístocles no era honesto.

Dijo que Temístocles aceptaba prebendas.

También había sugerido a los atenienses que no debían escuchar el consejo de Temístocles de construir una flota de barcos de guerra, y en su lugar combatir a los persas por tierra.

Pero Temístocles les respondía:

—*¡Vamos al juicio de las tejuelas!*

»*Veamos quien de los dos deberá dejar Atenas.*

Y la gente de Atenas fue a la Ágora a escribir en las tejuelas.

Mientras Arístides estaba en la Ágora, un campesino se acercó, y sin saber que él era Arístides, le pidió:

—*¿Podría ayudarme, por favor? No se escribir.*

»*¿Puede usted poner por mi el nombre de Arístides en esta tejuela?*

Y entonces Arístides le preguntó:

—*¿Que tiene usted en contra de este hombre?*

—*¡Oh, —dijo el campesino—, estoy molesto de que todos le llamen ‘el Justo.’*

El honesto Arístides escribió su propio nombre y le dio al campesino la tejuela.

Y en el juicio de las tejuelas, Arístides fue condenado al ostracismo, y tuvo que abandonar Atenas por diez años.

Pero se le permitió a Arístides volver justo antes de la batalla de Salamina, y combatió valientemente contra los persas, al lado de Temístocles.

Los griegos encontraron una gran cantidad de tesoros y los buques persas capturados, y a todos los que participaron en la batalla se les prometió una parte.

Pero Arístides rehusó su parte y permaneció pobre.

Después de la guerra, Arístides alertó otra vez a los atenienses de que Temístocles no era honesto.

Al comienzo, nadie lo escuchaba. Pero llegó el día en que los atenienses, urgidos por Arístides, escribieron el nombre de Temístocles —héroe de Salamina, pero juez ambicioso y deshonesto— en las tejuelas.

Y Temístocles tuvo que abandonar Atenas.

Quedó tan amargado por la manera como los atenienses lo habían tratado, que fue al archienemigo de Grecia, el rey persa Artajerjes, el hijo de Jerjes.

Por extraño que parezca, el rey recibió amablemente a Temístocles y le dijo:

—*Le he ofrecido una gran recompensa al hombre que me enviara a Temístocles.*

»*Tú te has enviado a ti mismo, de manera que la recompensa es tuya.*

Y así fue como el héroe que había salvado a Atenas y a Grecia de la invasión persa, pasó los últimos años de su vida en Persia.

Pero los atenienses honraron a Arístides quien, tal vez no era tan inteligente como Temístocles, pero era honesto, equitativo y justo.

Así ocurrió que Temístocles murió en Persia, olvidado por su ciudad, pero cuando murió Aristides, tres años después, todos los atenienses, ricos y pobres, lo lamentaron. ♣

iii

Sócrates

iii:1 la edad de oro

Han escuchado acerca de Miltiades, Leónidas y Temístocles, los líderes griegos que fueron grandes en la guerra.

Sin embargo, es mucho más difícil ser un líder y gobernante en tiempos de paz.

Pero después de la guerra con Persia, los atenienses tuvieron la suerte de que les llegara un gran líder llamado Pericles, que fue el hombre que elevó a Atenas a lo que se conoce como la Edad de Oro.

Aunque Pericles había combatido valientemente en las guerras contra Persia, su mayor deseo era hacer grande a la ciudad de Atenas en tiempos de paz.

Tenía todas las cualidades de un gran hombre de estado: provenía de una familia noble, amaba todas las artes, era generoso y absolutamente justo y honesto.

Y, como un verdadero ateniense, era capaz de hablar inteligente y bellamente, moviendo los corazones de todos los que lo escuchaban.

El alto y de buena figura, Pericles llegó a ser arconte, pero sus refinadas cualidades brillaban, y finalmente los otros arcontes lo reconocieron como el verdadero líder.

Así fue que, por muchos años, Pericles fue el regente de Atenas.

el profanador de textos

Pero nunca hizo un mal uso de sus poderes ni trató de hacerse mas rico. Tampoco trató de perjudicar a nadie, porque la única finalidad de su vida era hacer grande a Atenas en paz y trabajo.

Pero mantener la paz no era una tarea fácil. Tan pronto como las guerras con Persia pasaron, las otras ciudades griegas, especialmente Esparta, se pusieron envidiosas de Atenas.

Solamente la sabiduría y la elocuencia de Pericles evitaron que estos celos llegaran a la guerra, y durante cincuenta años las ciudades de Grecia vivieron en paz.

Pericles también mantuvo la paz entre los ricos y los pobres en Atenas.

Dictó una ley que obligaba a que ningún ateniense pasara hambre. Los impuestos que pagaban los ricos ayudaban a proveer comida para las personas que no tenían comprarla.

También dispuso que todos los atenienses, ricos o pobres, pudieran asistir al enorme estadio al aire libre y ver los juegos sin pagar nada.

El anfiteatro, que tenía asientos para miles, había sido construido cerca del templo de Palas Atenea, en la base del Acrópolis.

Fue durante la regencia de Pericles en Atenas que se construyó el Templo.

Y fue en ese tiempo que el escultor Fidias hizo una magnífica estatua de la Diosa Palas Atenea de mármol y oro.

Fidias y Pericles eran grandes amigos, y en esos tiempos había en Atenas otro gran hombre cuyo nombre se recuerda todavía.

Este hombre era Hipócrates.

Tal vez sepan que cuando los estudiantes de medicina pasan sus exámenes finales, pero antes de

que se los declare doctores, tienen que prestar un juramento.

Deben comprometerse a que sólo utilizarán sus conocimientos para ayudar y para curar, y no para hacer el mal.

Este compromiso se llama 'Juramento Hipocrático,' en recuerdo del gran médico Hipócrates que vivió en Atenas en los tiempos de Pericles.

Pericles también hizo una ley permitiendo que tanto ricos y pobres concurrieran gratis al estadio.

El enorme escenario al aire libre fue el primero en el mundo.

Y a los atenienses les gustaba Esquilo y Eurípides, quienes escribían tragedias y comedias, que fueron las primeras representaciones.

Aún hoy en día las se siguen representando las obras que escribieron esos grandes autores.

Fue durante el tiempo de Pericles que los hombres comenzaron a estudiar los secretos de la naturaleza.

Dichos hombres, que usaban el pensar para comprender los secretos del mundo, fueron llamados filósofos.

Y uno de los mayores filósofos que el mundo ha conocido vivió en Atenas en el tiempo de Pericles.

Su nombre es Sócrates.

Y algo mas: las historias que han estado escuchando no son leyendas o mitos.

En el tiempo de Pericles también nació la historia como ciencia, y todo lo que he contado realmente ocurrió.

El primer hombre que escribió un libro de historia vivió en Atenas cuando Pericles era el regente.

Se llamaba Heródoto, y es conocido como el padre de la historia porque nadie había pensado

antes en escribir una recopilación sistemática de los hechos ocurridos.

Todos estos grandes hombres —doctores, científicos, autores, historiadores y filósofos— eran amigos de Pericles.

Y Atenas florecía.

Mediante su comercio se transformó en la ciudad más rica de Grecia. Mediante sus grandes artistas se convirtió en la ciudad mas hermosa. Mediante sus filósofos y escritores se convirtió en la ciudad más famosa de Grecia.

La Edad de Oro de Atenas duró cincuenta años, y para esa época ya Pericles era un hombre anciano.

Entonces, los espartanos estaban tan celosos de la fama de Atenas que estalló una guerra.

Poco después, Atenas fue atacada por una epidemia. La plaga mató a miles, incluyendo al gran estadista Pericles.

Pero toda la humanidad se benefició con esos cincuenta años de paz y de progreso en Atenas. ♣

iii:2 el amor a la sabiduría

Han escuchado como Grecia se transformó en el país del cual todas las naciones aprendieron.

Aún ahora, casi todas las palabras básicas que se usan en cada ciencia —tales como astronomía, la biología, la física, etcétera— son palabras griegas.

Los griegos también reconocieron que el arte de pensar de la manera correcta es una ciencia, y la llamaron filosofía, que significa ‘amor por la sabiduría.’

Y uno de los primeros filósofos del mundo fue un ateniense llamado Sócrates.

Imagínense llegando a Atenas después de la guerra persa. Los atenienses están ocupados en reconstruir su ciudad y hacerla más bella aún de lo que era antes.

Llegan al puerto donde centenares de barcos con velas de todos los colores cargan grandes urnas de aceite de oliva, obras de arte, y odres de pieles de cabra llenas de vino.

Giran su mirada desde el azul profundo del mar hacia tierra.

Detrás de las casas de Atenas se levanta la Acrópolis, con sus numerosos templos de mármol.

El edificio más alto es el templo de Palas Atenea, el Partenón, con su estatua de la diosa hecha por el escultor Fidias en mármol y oro.

Caminen ahora desde el puerto hasta la ciudad. Las casas son de un solo piso, y están construidas alrededor de un patio central.

No hay pavimento para caminar sobre él, y las estrechas calles son bulliciosas por los peatones, hombres a caballo y asnos cargados con alimentos y otras mercaderías.

A los costados de las calles hay muchas estatuas de dioses y héroes, y de hombres famosos como Miltiades, Arístides y Temístocles.

A la distancia está el gran anfiteatro al aire libre, con sus asientos de piedra en hileras semicirculares alrededor del escenario.

Se entra gratis.

Y cuando hay festivales se dan varias obras: tres tragedias y una comedia. Lleva todo el día verlas, y la audiencia decide cuál es la mejor.

Los actores usan máscaras que aumentan el sonido de su voz, y usan zancos bajo sus largas túnicas, lo que los hace más altos, para poder ser mejor vistos.

Caminen por las calles y todos los que los rodean son griegos hermosamente vestidos.

Sobre la túnica usan como un gran paño doblado en muchos pliegues apoyado en el hombro izquierdo.

Van ahora a la Ágora.

En las cercanías hay lugares de venta de comida, y gente comprando, vendiendo y conversando.

En el cuadrado de la Ágora propiamente dicha se encuentran a un grupo de jóvenes escuchando atenta e interesadamente a un hombre mayor.

No tiene la buena figura de la mayor parte de los otros atenienses; tiene una nariz ancha algo achatada y una larga y descuidada barba.

Su túnica está hecha de paño burdo y no calza sandalias.

Sin embargo, los apuestos jóvenes, muchos de ellos provenientes de familias ricas y nobles, permanecen como adheridos alrededor del hombre barbudo y descalzo, cuyo nombre es Sócrates.

Todos los jóvenes permanecen escuchando tan intensamente porque el gran maestro del pensamiento no escribe nunca su sabiduría.

En cambio, les enseña a sus discípulos a través de diálogos.

Sócrates viene de una familia pobre. Más tarde en su vida pudo haber adquirido fácilmente riqueza, aunque el dinero y los lujos no significaban nada para él.

Decía: “Cuanto menos necesitas, más feliz eres.” Y el único objetivo de su vida era ser sabio.

Una vez, el rey de otro país invitó a Sócrates a ir a su corte, y le ofreció un gran honor y fortuna. Sócrates le contestó:

—Aquí en Atenas una hogaza de pan cuesta muy poco y el agua cristalina no cuesta nada.

»Y esto es todo lo que necesito.

»Lo lamento, pero usted no tiene nada para ofrecerme que yo quiera.

Los hombres jóvenes ricos que escuchaban a Sócrates lo invitaban con frecuencia a sus banquetes y fiestas; solía ir, pero sólo comía un poco.

Sócrates tenía por naturaleza un temperamento salvaje, pero se había entrenado hasta que nada pudiera enojarlo.

Un día tuvo una discusión con una persona ruda y mediocre, y el hombre se enfureció tanto que golpeó a Sócrates en la cara.

Pero Sócrates dijo con calma:

—*¡Qué lástima que esta mañana no sabía que iba a necesitar un casco!*

Sin embargo, Sócrates era uno de los hombres mas valientes de Atenas, y tomó parte en numerosas batallas.

Una vez, cuando un amigo estaba severamente herido, Sócrates cubrió a este soldado con su propio escudo para protegerlo y, de pié sobre él, alejó al enemigo.

Los atenienses quisieron premiarlo por su coraje, pero Sócrates rehusó el premio e insistió que deberían dárselo al amigo herido.

Sócrates les hacía pensar por sí mismos a sus discípulos.

Uno de ellos, un joven, estaba muy nervioso porque debía hablar ante el pueblo de Atenas.

Sócrates le preguntó:

—*Dime, ¿tendrías temor de hablarle a un carpintero?*

—*No, —dijo el joven.*

—*Pero tal vez hablarle, —le dijo Sócrates—, un almacenero te produciría temor.*

—*¡No, no lo haría!, replicó el joven.*

—*¿Te amedrentarías ante un marinero?*

—*¡No!, —gritó el joven.*

—*Bien, —dijo Sócrates—, si no te ocasiona temor cada uno de ellos, ¿porque has de estar nervio so y temeroso de ellos cuando están juntos?*

Y al día siguiente el joven habló magníficamente, y no estuvo para nada nervioso.

Una vez, un ateniense le preguntó al Oráculo de Delfos:

—*¿Quién es el hombre mas sabio de Grecia?*

Y el Oráculo le contestó:

—*Sócrates.*

Pero cuando Sócrates lo supo, dijo:

—*Le voy a decir porque el Oráculo dice que yo soy sabio.*

»*Otras personas dicen que saben esto o aquello, piensan que son inteligentes.*

»*Pero yo sólo sé que no se nada.*

—*¡Esta es mi sabiduría!*

Pueden entonces ver que era un hombre humilde y modesto.

Pero los hombres jóvenes más ricos e inteligentes de Atenas lo honraban, lo respetaban y lo amaban.

Sin embargo. este hombre sabio y humilde también tenía enemigos. ♣

iii:3 Alcibíades, el traidor

Recuerdan que en la antigua Persia estaba el dios Ahura Mazda, que vino ante el rey Djemshid en un sueño y le dio la idea de hacer un arado.

En Babilonia, Ea era el dios del amanecer, que le dijo a los babilonios como hacer ladrillos.

Y en el antiguo Egipto estaba el dios Osiris, que le enseñó a los egipcios como hacer jeroglíficos.

Como ven, en aquellos tiempos antiguos, la sabiduría llegaba de los dioses, en sueños.

La gente no pensaba por sí misma, y los pensamientos y las ideas que les llegaban eran dádivas de los dioses.

Pero en la antigua Grecia, por primera vez, los seres humanos aprendieron a pensar por sí mismos.

Y Sócrates fue uno de los más grandes maestros .en el arte de pensar.

El próximo año comenzarán a aprender geometría, física y álgebra. Estas materias se desarrollaron en Grecia después de que Sócrates le enseñara ala gente cómo pensar.

Sin embargo. cuando Sócrates enseñaba a sus discípulos todo. este magnífico conocimiento, la vida en Grecia no era fácil.

¿Recuerdan como los espartanos y los atenienses salvaron a Grecia de los bárbaros?

el profanador de textos

Después de esto, en los tiempos de Pericles, hubo cincuenta años de paz.

Pero luego se produjo una larga y terrible guerra entre Esparta y Atenas.

Otras ciudades griegas se unieron, a veces de un lado, a veces de otro, y todo el país estuvo inmerso en batallas y luchas.

La gente de Atenas combatió tan valientemente como los espartanos, y hasta ganó algunas batallas.

También hemos visto que los atenienses tenían una debilidad: apreciaban a un hombre un día, y se volvían en su contra al día siguiente.

Lo mismo ocurría con sus generales.

Honraban a un general si ganaba una batalla, pero lo querían destruir si perdía, aunque no fuera culpa suya.

También los generales cambiaban de bando, combatiendo al comienzo por Atenas y luego en su contra.

Uno de esos hombres se llamaba Alcibíades.

Alcibíades, un alumno de Sócrates, era joven rico de mejor figura en Atenas. Era generoso, pleno de ingenio y alegría, y muy popular:

Pero también había sido meticulosamente mal criado.

Un día caminaba en el Consejo de Atenas en el cual se estaban considerando serios asuntos sobre la guerra.

Había escondido algunos pájaros debajo de su túnica, y cuando de pronto los dejó libres se produjo un tumulto en el Consejo.

Cualquier otra persona hubiera sido castigada, pero no Alcibíades: el favorito de Atenas.

Otra vez compró un perro muy caro con una cola larga y peluda. Todos los atenienses lo admiraban.

Pero al día siguiente Alcibíades le cortó la cola.

Cuando sus amigos le dijeron que la gente de Atenas estaba molesta y enojada por lo que había hecho, él contestó:

—Mientras se hable de mí, no me importa si dicen cosas buenas o malas.

Pueden ver entonces que lo que quería era atraer la atención hacia si mismo, sin importarle a quien molestaba o hería.

Pero había un hombre que podía hacer que Alcibíades sintiera vergüenza, y este hombre era Sócrates.

Alcibíades amaba a Sócrates, y tenía buenas razones para ello, porque era el soldado herido que Sócrates había salvado en la batalla, sobre lo cual hemos escuchado ante.

Pero Alcibíades era muy ambicioso y les quería demostrar a los atenienses que era un gran líder en la guerra.

Un día, una enorme flota izó velas en Atenas con Alcibíades como uno de los almirantes.

Pero la noche anterior a que la flota zarpara pasó algo que impactó a los atenienses: todas las estatuas del dios Hermes de la ciudad estaban misteriosamente dañadas.

Todas tenían un brazo o la nariz rota, o las orejas arrancadas.

Esto era algo terrible para los atenienses, algo cuyo castigo era la pena de muerte.

La gente de Atenas decidió que solamente Alcibíades podía haber hecho semejante cosa, y aunque la flota ya había zarpado, enviaron dos barcos para traer de vuelta al culpable.

Alcibíades negó que tuviera algo que ver en tan estúpida travesura, pero no volvió a Atenas para defenderse.

En lugar de esto fue a Esparta, el enemigo de Atenas. Allí, Alcibíades, que había vivido con todo lujo en Atenas, compartía la vida ruda y simple de los espartanos.

Pero su soberbia y mala crianza pronto tornaron a la gente de Esparta en su contra, y tuvo que huir otra vez.

Y esta vez fue a ver a los persas, el archienemigo de los griegos. Y persuadió a los persas de que ayudarían a los espartanos en su guerra contra Atenas.

Pueden imaginarse con qué amargura los atenienses detestaban ahora a Alcibíades, que se había transformado en un traidor, un enemigo de su propia ciudad.

Pero su desprecio se tornó también en contra de Sócrates, el maestro y amigo de Alcibíades.

Decían que Sócrates le había inducido al joven toda clase de ideas equivocadas.

Decían que había sido una mala influencia. Decían que Sócrates debía morir, para que no envenenara mas las mentes de la juventud.

Así fue como Sócrates, el hombre mas sabio entre los atenienses, fue llevado a los tribunales y condenado a muerte.

Los alumnos de Sócrates alegaron con fe por él; también dieron prebendas a los carceleros para que lo dejaran escapar.

Pero Sócrates rehusó la oferta, porque no quería desobedecer la ley de Atenas.

En Atenas, un hombre condenado a muerte no era colgado o decapitado.

En cambio, se le daba una copa de una planta venenosa, cicuta, para que la beba.

Y así es como el filósofo Sócrates encontró la muerte. ♣

iii:4 la muerte de Sócrates

Recordarán como la gente de Atenas se puso en contra de Sócrates después de que su amigo y discípulo Alcibiades huyó a Esparta.

Acusado de ser una mala influencia para la juventud, Sócrates fue condenado a muerte bebiendo cicuta.

Su discípulo Platón, que luego fue también un gran filósofo, escribió con relación al último día que Sócrates pasó en la prisión un libro llamado 'Fedón.'

Escribió lo siguiente:

«El carcelero entró y dijo:

—A usted, Sócrates, a quien conozco como el mas noble, gentil y el mejor de cuantos han venido a este lugar, no le voy a inspirar los sentimientos de rencor de otros que rabian y juran contra mi cuando, obedeciendo a las autoridades, les hago beber el veneno.

Por cierto estoy seguro que usted no estará enojado conmigo.

»Y así me despido y trato de soportar livianamente lo que ha de ser; usted sabe 'mi mensaje.

Luego, enjugándose las lágrimas, se dio vuelta y se marchó.

»Sócrates dijo:

—Le devuelvo sus buenos deseos y haré lo que disponga.

Luego se volvió hacia nosotros y dijo:

—¡Qué buen hombre es éste. Desde que he estado en prisión ha sido conmigo tan bueno como pudo serlo.

»Volvió el carcelero trayendo la copa de veneno.

»Sócrates dijo:

—Tú, mi buen amigo, que tienes experiencia en estas cosas, has de darme indicaciones sobre como debo proceder.

»El hombre respondió:

—Cuando haya bebido el veneno, tienes que caminar por aquí hasta que sus piernas se pongan pesadas, y luego, recostarse, y el veneno actuará.

»Mientras decía esto le dio la copa a Sócrates quien, de la manera mas sencilla y gentil, sin el mas mínimo temor, sin ningún cambio en su cara o color, tomó la copa y llevándola hasta los labios, rápida y cuidadosamente, bebió el veneno.

»Hasta ese momento la mayor parte de nosotros habíamos podido controlar nuestra pena; pero entonces, cuando lo vimos beber, y que había finalizado la bebida, no lo pudimos soportar mas; y, a pesar de mí mismo, mis lágrimas fluían abundantemente.

»Lloré, no por él, sino ante el pensamiento de mi pérdida, teniendo que separarme de tal amigo.

»En ese momento Apolodoro salió con un fuerte llanto, que nos hizo llorar a todos abierta y amargamente.

»El único que permanecía en calma era Sócrates.

—¿Qué es este extraño griterío?, —dijo.

»Hoy temprano he hecho retirarse a las mujeres —su esposa y hermanas—, para evitar que se comportaran aquí de esta manera.

»Tranquilícense y tengan paciencia.

»Al escuchar estas palabras nos avergonzamos y retuvimos las lágrimas.

»Él caminó hasta que empezaron a fallarle las piernas. Entonces se recostó de espaldas, como se le había indicado.

»El carcelero que le había dado el veneno, después de un rato, presionó el pié de Sócrates y le preguntó si lo sentía, y la respuesta fue "No."

»Luego el hombre le presionó la pierna y el muslo, y luego yendo mas y mas arriba nos mostró que se estaba enfriando y endureciendo.

»Entonces Sócrates se tocó el cuerpo y dijo:

—Cuando el veneno llegue al corazón será el fin.

»Luego Sócrates se cubrió la cara con un paño pero se la descubrió otra vez y le dijo a uno de sus amigos:

—Crito, he hecho la promesa de sacrificar un gallo al dios Asclepio, el dios de la curación.

»¿Recordarás pagar esta deuda por mí?

—¡Lo haré!, —dijo Crito—.

»¿Necesitas algo mas?

»No hubo respuesta.

el profanador de textos

Un momento o dos después hubo un ligero movimiento.

El carcelero lo cubrió a Sócrates y Crito le cerró los ojos.

Este fue el final de nuestro amigo. de quien puedo decir en verdad que de todos los hombres de esta época que he conocido fue el mas sabio, el de mente mas justo y el mejor.

Esta fue la valiente manera como murió Sócrates.

Pero ¿qué pasó con Alcibíades, cuyo comportamiento había ocasionado que los atenienses se volvieran en contra de Sócrates?

Han escuchado como había escapado primero a Esparta y luego al enemigo de Grecia, los persas.

Y que persuadió al rey de Persia a ayudar a Esparta, y los mercenarios persas, egipcios, africanos y hasta griegos fueron enviados a Grecia para ayudar a Esparta en la guerra contra Atenas.

Los atenienses no alcanzaban a igualar al fuerte ejército espartano, y perdieron batalla tras batalla.

No tenían un gran líder como Miltiades, que los había conducido en la batalla de Maratón, o Temístocles, que había vencido a la flota persa en la bahía de Salamina.

En la desesperación, enviaron un mensajero a Alcibíades pidiéndole que regresara y los dirigiera en la guerra contra Esparta.

Alcibíades volvió a Atenas y fue bienvenido por la misma gente que lo había acusado por haber dañado las estatuas del dios Hermes.

Entonces dirigió al ejército ateniense venciendo a los espartanos en una gran batalla.

Desde ese día en adelante los espartanos le detestaban y juraron tomarse venganza.

Mientras tanto, Alcibíades era honrado, alabado y querido por los atenienses.

Se le dio el comando de la flota ateniense en el mar Egeo.

Pero un día la flota fue atacada por la flota combinada de espartanos y persas.

Alcibíades no estaba en los barcos, sino divirtiéndose con unos amigos en Atenas.

Sin su gran líder, la flota ateniense fue vencida y muchos de sus barcos hundidos.

Una vez más, los atenienses se volvieron en contra de Alcibíades. Lo acusaban por la derrota, y lo expulsaron de la ciudad.

Alcibíades no tenía ahora amigos en ninguna parte.

Atenas, Esparta, Persia: los había abandonado a uno por uno, los había traicionado a todos.

Sorprendentemente, los persas le permitieron volver a su territorio, pero no confiaban más en él.

Los espartanos no lo habían perdonado y enviaron un hombre para asesinarlo.

El rey persa lo supo, pero no hizo nada para protegerlo o avisarle, y fue muerto por la daga del asesino.

Así murió el más elegante y rico hijo de Atenas, discípulo de Sócrates.

Después de Alcibíades, Atenas no tenía un general inteligente que los dirigiera en la batalla.

En los combates que siguieron, los espartanos destruyeron lo que quedaba de la gran flota de guerra ateniense, y atacaron a la propia ciudad de Atenas.

Finalmente, Atenas se rindió a los espartanos y los muros defensivos de la ciudad fueron derribados,

de manera tal de que Atenas no estuviera en condiciones de ir otra vez a la guerra.

Toda Grecia sufrió en la guerra, conocida como la guerra del Peloponeso, que se prologó por casi treinta años. ♣

iv

Alejandro Magno

iv:1 domando el Bucéfalo

¿Recuerdan cómo los griegos construyeron una cantidad de ciudades en la costa, cruzando el Mar Egeo?

Una de ellas, llamada Éfeso, fue famosa por su magnífico templo dedicado a Diana, la diosa de la Caza, también llamada Artemisa.

Durante cientos de años la gente iba de lejos y de cerca a admirar el edificio y sus numerosas estatuas.

En Éfeso había un hombre llamado Herostrato que quería ser famoso. Quería que su nombre fuera recordado para siempre.

Pero no era inteligente, ni gran guerrero, ni filósofo.

En su locura tuvo la idea de que podía hacerse famoso si destruía el templo.

Así, una noche le prendió fuego al edificio, que quedó envuelto en llamas.

Fue condenado a muerte y ejecutado.

Pero había logrado su loca ambición: todos en Grecia supieron su nombre y maldijeron su mala obra.

La misma noche en que el templo era destruido, nació un varón, que habría de ser verdaderamente famoso por sus actos y uno de los reyes más grandes que han vivido jamás.

Este niño nació en un país al norte de Grecia llamado Macedonia.

Macedonia era un pequeño país no muy importante, pero con el tiempo llegó a serlo, lo cual ocurrió de esta manera.

Han escuchado acerca de la guerra entre Atenas y Esparta, la guerra del Peloponeso, que se extendió por muchos años.

También han escuchado acerca de Alcibíades que desertó de los atenienses y se unió primero con los espartanos y luego con los persas. Y que luego cambió de lado otra vez y fue a ayudar a los atenienses. Y finalmente fue muerto por los espartanos.

Pero la guerra siguió adelante hasta que, después de veintisiete años de lucha, los atenienses estaban agotados y se rindieron a los espartanos.

Los espartanos podrían haber destruido Atenas y hacer esclavos a los atenienses, pero recordaron que la que era una gran ciudad había salvado a Grecia de los persas.

Dejaron entonces vivir a los atenienses y desenvolverse como antes, solo que no podía regirse por sí misma, sino que debía obedecer al rey de Esparta.

Todas las ciudades de Grecia habían sufrido durante los largos años de guerra y miles de vidas se habían perdido.

También Esparta estaba debilitada.

Pero Macedonia, un pequeño país de tierras salvajes y montañas escarpadas, de pequeñas ciudades y campesinos y pastores rudos, no había tomado parte en la guerra.

Pero cuando el rey de Macedonia vio que habían quedado debilitadas las ciudades griegas, pensó que era un buen momento para erigirse en el patrón de toda

Grecia.

el profanador de textos

El nombre del rey era Filipo. Y condujo a sus rudos hombres desde las montañas a conquistar las ciudades griegas.

Ellas combatieron contra él, pero en vano. Ni las fuerzas unidas de Esparta y Atenas pudieron resistir a los macedonios, y en una gran batalla en Queronea fueron vencidos los ejércitos griegos.

Y entonces Filipo, el rey de la pequeña Macedonia, logró lo que ningún rey persa había logrado: hacerse rey y patrón de toda Grecia.

El niño que nació la noche en que el Templo de Diana en Éfeso fue destruido era el hijo del rey de Macedonia.

Y los adivinos, los sacerdotes que podían predecir el futuro, dijeron que ese niño sería un regente famoso.

Se le dio el nombre de Alejandro y, dado que logró realizar grandes hazañas, en los libros de historia se lo conoce como Alejandro Magno.

Ya en su juventud Alejandro demostró que estaba destinado a la grandeza.

Un día, cuando tenía alrededor de catorce años de edad, un vendedor le ofreció a su padre un hermoso caballo negro, llamado Bucéfalo.

En primer lugar el rey Filipo y luego su mejor jinete trataron de montar a Bucéfalo.

Pero el caballo relinchaba y pateaba, y nadie podía mantenerse en la montura.

Finalmente, el rey se enojó mucho y le dijo al comerciante que se llevara esa bestia inútil.

Pero el joven Alejandro, que había estado observando, le pidió a su padre que lo dejara probar.

Su padre se negó al principio; no quería que su hijo se lastimara. Pero Alejandro insistió y Filipo le dio finalmente permiso.

Alejandro se había dado cuenta de que lo que asustaba al animal era su propia sombra, que podía ver en el piso.

El príncipe se acercó a Bucéfalo, le habló con calma, luego tomó las riendas e hizo dar vuelta al caballo. Ahora estaba cara al sol, y por lo tanto su sombra estaba detrás suyo.

Entonces Alejandro saltó sobre la montura y el caballo, como ahora ya no estaba asustado, le obedeció como si fuera manso.

El príncipe cabalgó a Bucéfalo que significa ‘cabeza de toro’— hacia uno y otro lado por el campo, y luego desmontó.

El rey Filipo estaba muy orgulloso de su hijo y dijo:

—*¡El caballo es tuyo, Alejandro!*

»*Pero pienso que has de hacerte de un reino mas grande; el mío será muy pequeño para ti.*

Alejandro además de ser un buen jinete era excelente en el uso de las armas. Y era tan bueno en la gimnasia que sus profesores dijeron que debía competir en los Juegos Olímpicos.

Alejandro respondió:

—*¡Sí, competiré, pero solo si los otros competidores son también reyes.*

Vemos, pues, que era orgulloso, y siguió siéndolo durante toda su vida.

Pero había una persona a la cual Alejandro amaba y respetaba, que era su maestro, Aristóteles.

Ustedes recuerdan a Sócrates y a su discípulo Platón. Aristóteles —que era uno de los hombres mas inteligentes de Grecia—, era uno de los discípulos de Platón.

Y Alejandro estaba tan agradecido por la sabiduría y el arte de pensar que había aprendido de Aristóteles que una vez dijo:

—*Usted es para mi más que mi padre.*

»*Mi padre puede darme sólo las cosas de la tierra, pero Usted ha despertado mi espíritu.*

El libro que Alejandro más amaba era el de los poemas de Homero, que narran la guerra de Troya y las aventuras de Odiseo.

Todas las noches, antes de irse a dormir, ponía el libro bajo la almohada, para poder leerlo como la primera cosa por la mañana. ♣

iv:2 sueños de conquista

Cuando Alejandro era todavía un muchacho joven, escuchó a los cortesanos de su padre hablar sobre la batalla que el rey Filipo había ganado.

Repentinamente Alejandro rompió a llorar y, sorprendidos, los cortesanos le preguntaron:

—¿Que pasa? ¿Por qué estás llorando?

Y Alejandro respondió:

—*Si mi padre sigue como hasta ahora, obteniendo victoria tras victoria no quedará nada para que yo lo conquiste cuando sea grande.*

Pero el turno de Alejandro llegó mas rápido de lo que él esperaba.

Ya han escuchado como Filipo se apoderó de toda Grecia después de vencer a las fuerzas de Esparta y de Atenas en la batalla de Queronea.

El rey estaba lleno de planes para realizar conquistas mas grandes aún, pero sólo dos años después de la batalla fue asesinado, y Alejandro llegó a ser rey.

Tenía entonces sólo 20 años de edad.

Y las ciudades de Grecia, a las cuales nunca les había gustado la idea de estar regidas por Macedonia,

pensaron que ahora sería fácil recuperar su libertad, ya que tendrían que lidiar sólo con un joven.

Con gran optimismo llamaban a Alejandro 'ese muchacho,' y se revelaron contra él.

Pero, para esta época, los atenienses se habían transformados en comerciantes exitosos, a los cuales poco les importaba la gloria de la libertad.

Estaban realmente demasiado bien alimentados y perezosos para ir a pelear, aunque todavía admiraban la elocuencia y el hablar hermoso.

Y había hombres en Atenas que habían perfeccionado tanto el arte de hablar que la gente concurría a escuchar sus discursos por el simple placer de escucharlos.

Y el más famoso de esos oradores era Demóstenes.

Al principio Demóstenes no era un buen orador. Su voz era débil, tartamudeaba, y todo lo decía con el mismo tono.

Cuando se paró en la tribuna de la Ágora e hizo su primer discurso, su voz tartamudeante y débil fue tan difícil de escucharse que los atenienses se rieron y se retiraron.

Pero Demóstenes no se desalentó; tenía la determinación de llegar a ser un gran orador.

Así que cada vez que había tormenta, se iba frente al mar y practicaba sus discursos, hasta que pudo hacerlo tan fuerte como para ser escuchado por encima del viento rugiente y las olas.

Se ponía guijarros en la boca y se esforzaba en hablar claramente aún teniendo la boca llena de piedras.

Luego se encerraba en su casa y practicaba cambiando su tono de voz.

Y Demóstenes estaba tan determinado a triunfar que se afeitó un lado de la cabeza, de manera tal d e

que le diera vergüenza salir de la casa antes de haberse convertido en un orador diestro.

Y después de un año de entrenamiento fue a la Ágora a hablar.

Los atenienses quedaban prendidos de sus palabras como por encanto. No antes había habido un orador tan grande como este.

Pero Demóstenes no hablaba sólo por hablar.

¡Quería que los atenienses fueran valientes como lo habían sido cuando vivían Miltiades y Temístocles!

¡Quería que se levantaran y combatieran a los Macedonios, como habían combatido antes a los persas.

Y tan elocuentes y poderosos fueron los discursos de Demóstenes que los atenienses se unieron finalmente a las otras ciudades griegas en rebelión contra Alejandro.

Pero Demóstenes no sabia que este 'muchacho' macedonio era un general mas grande aún que su padre.

Después que Alejandro conquistó una de las ciudades rebeldes llamada Tebas y la incendió, las otras ciudades cambiaron rápidamente su manera de pensar.

Con gran premura mandaron mensajeros a Alejandro para asegurarle que serían súbditos obedientes y leales.

Al principio Alejandro quería ejecutar a Demóstenes, pero finalmente perdonó la vida del gran orador.

Alejandro quería realmente ser amigo de los griegos. Quería que lo apoyaran de corazón y totalmente, porque tenía grandes planes.

el profanador de textos

Pero para cumplir esos planes necesitaba apoyo, y para eso llamó a los líderes de todas las ciudades griegas a una reunión.

Se reunieron en Corinto, y Alejandro les habló diciéndoles:

—*Todos ustedes conocen la guerra de Persia. Han escuchado como vuestros antepasados combatieron valientemente en Maratón, Termópilas, Salamina y Platea, y finalmente, echaron a los persas.*

»*Pero esto no es suficiente.*

»*¡Lo que planeo hacer es conquistar Persia!*

»*Una vez los persas nos invadieron, pero ahora debemos ir a su territorio y combatir.*

»*Y venceremos, de la misma manera que en los días pasados los vencimos aquí en Grecia.*

Y los líderes de las ciudades estado griegas alabaron a Alejandro y lo vitorearon como rey y comandante en jefe de todos los griegos.

Sólo los espartanos gruñeron. Dijeron:

—*Nosotros, los espartanos, sólo combatimos bajo un líder espartano.*

»*Puede destruir nuestra ciudad, puede matarnos a todos, pero [lo combatiremos por usted.*

Y Alejandro les contestó:

—*Pueden quedarse en casa.*

»*¡Yo conquistaré Persia sin ustedes!*

Y todos los otros griegos lo aclamaron otra vez, felices de que haya llegado el momento en que los ejércitos griegos marcharan a Persia.

Pero no eran solamente los espartanos los que no se habían impresionado por Alejandro.

Vivía en Corinto un extraño hombre llamado Diógenes, que trataba de poner en práctica el ideal de Sócrates de que más feliz sería cuanto menos necesitara.

Pero Diógenes fue mucho mas allá que Sócrates.

En lugar de vivir en una casa, dormía en un viejo barril vacío. También había tirado su vaso cuando descubrió que podía beber igualmente bien recogiendo agua en el hueco de sus manos.

Alejandro había oído hablar de este hombre, y decidió ir a verlo.

Encontró a Diógenes, que tenía una larga y descuidada cabellera y barba, y estaba vestido de harapos, sentado al sol fuera del barril.

Y Alejandro le preguntó:

—*¿Hay algún favor que pueda hacer por ti?*

—*¡Sí!, —dijo Diógenes—, córrase un poco al costado porque me está tapando el sol.*

Los cortesanos que acompañaban a Alejandro estaban sorprendidos de que un anciano en harapos se atreviera a hablarle a un rey de esa manera.

Pero Alejandro les dijo:

—*Sepan ustedes que si yo no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes.*

Pero Alejandro, tal como era, no podría jamás conformarse con un barril. No estaba satisfecho con Macedonia ni tampoco con toda Grecia.

El suyo iba ser un imperio tan grande nunca visto en el mundo. ♣

iv:3 el nudo gordiano

No deben pensar que Alejandro Magno sólo quería conquistar Persia para obtener más poder.

Tenía, en realidad, una razón diferente.

Su maestro Aristóteles le había informado de que la antigua Atlántida había sido tragada por el mar, y del nuevo comienzo que hizo la humanidad en India.

Supo también acerca de la antigua sabiduría de las civilizaciones persas, babilonias y egipcias.

Pero ahora Grecia había traído una nueva sabiduría al mundo: el arte de pensar.

Y Alejandro quería que la antigua sabiduría de Asia y la nueva sabiduría de Grecia estuvieran unidas.

Pero la única manera que vislumbraba para poner juntos el conocimiento de Asia y Europa era hacer un gran imperio con todos estos países.

No quería ir a la guerra para destruir pueblos y ciudades o para esclavizar a los persas.

Quería crear algo nuevo: un imperio en el cual los conocimientos de Asia y de Europa llegaran a ser uno.

Alejandro tenía sólo veintitrés años de edad cuando su ejército de treinta mil macedonios y griegos salieron a conquistar a los poderosos persas.

el profanador de textos

Los persas no pensaban que tal fuerza significara una gran amenaza, por lo que el ejército de Alejandro marchó a través del norte de Grecia y cruzó el Helesponto sin oposición.

Pero cuando llegaron a un río llamado Gránico vieron al enorme ejército persa esperando en la otra orilla.

Sin temor alguno, Alejandro dirigió a Bucéfalo hacia el agua y sus fieles jinetes macedonios y griegos lo siguieron.

Pero había una fuerte correntada y mientras los caballos luchaban desesperadamente para no perder pié, los persas enviaban una nube de flechas desde la costa.

Pero alentados por el coraje de su joven rey, los griegos pronto ganaron la orilla del otro lado, y comenzó una feroz batalla.

Dos oficiales persas reconocieron a Alejandro por su blanco penacho sobre su casco, por su brillante armadura y su caballo negro, e inmediatamente lo atacaron.

Uno se elevó sobre su estribo y bajó su hacha de batalla sobre el casco de Alejandro.

El casco se partió en dos, y el otro persa levantó su hacha para darle el golpe de muerte.

Pero un valiente macedonio llamado Clito vio el peligro y mató al persa con su espada, mientras que Alejandro derribaba al otro.

Los macedonios pelearon tan fieramente que los persas se dieron vuelta y se retiraron, dejando miles de muertos y heridos detrás, pero los griegos habían perdido sólo unos pocos hombres.

La batalla de Gránico fue la primera gran victoria de Alejandro.

Y desde ese día, el valiente Clito, que había salvado la vida de Alejandro, fue invitado a sentarse al

lado del rey durante las comidas, algo que era visto como un gran honor.

Después de la batalla de Gránico los griegos llegaron a la ciudad de Gordio.

En el templo de Zeus había un carro de bueyes que había pertenecido a un campesino que había sido elegido como rey de Gordio muchos, muchos años antes.

El yugo del carro estaba atado a la lanza con un nudo muy complicado. Había sido hecho con tal destreza que de cualquier forma que se tratara de seguir sus vueltas y giros, no se encontraría nunca donde comenzaba o donde terminaba el nudo.

Era conocido como el 'nudo gordiano,' y había una profecía que decía que quien lo desatara llegaría a ser regente de Asia.

Alejandro fue al templo y los sacerdotes le mostraron el nudo que nadie podía desatar.

El rey miró a las hebras retorcidas y dijo:

—Sólo hay una manera de hacer frente a este nudo.

Sacó su espada y lo cortó de un golpe.

Alejandro había desatado el nudo gordiano, y sus soldados lo aclamaron ruidosamente.

Ahora sabían que él iba a conquistar Asia.

En esa época el gran imperio persa estaba regido por un rey llamado Darío, tataranieto del rey Darío, que había invadido Grecia en los tiempos de Miltiades.

Cuando Darío supo que Alejandro había deshecho el nudo gordiano, se propuso demostrar que la profecía estaba equivocada.

Juntó un inmenso ejército de seiscientos mil hombres y lo dirigió contra los treinta mil guerreros

de Alejandro, o sea veinte persas por cada soldado griego.

Los ejércitos se encontraron cerca de la ciudad de Issus en una batalla que iba a decidir el destino de Persia, Europa y Asia. El año en que tuvo lugar la famosa batalla de Issus es fácilmente recordable: fue 333 años antes del nacimiento de Cristo.

Los persas, como era su costumbre, tenían la fe puesta en el gran número, mientras que los macedonios se apoyaban en las inteligentes condiciones de Alejandro como general y en su coraje y destreza con las armas.

Alejandro estaba en lo más rudo de la batalla, y él y sus jinetes cortaban camino hacia Darío que manejaba un carro de guerra.

Pero cuando Darío vio que se acercaban sus enemigos tuvo tanto miedo que hizo girar a sus caballos y huyó.

Y cuando los soldados persas vieron a su rey escapando se desanimaron. Pronto todo el gran ejército persa estaba en completa huida.

Los macedonios capturaron una enorme cantidad de tesoros después de la batalla; el campamento del rey Darío tenía gran riqueza en vasijas de oro, plata y joyas.

Y en el apuro por escapar, de los persas también dejaron atrás en el campamento a la madre y a la esposa de Darío.

Pero Alejandro trató a esas dos mujeres como huéspedes reales, en lugar de prisioneras enemigas.

El rey Darío había huido, pero cuando supo lo bien que su madre y esposa habían sido tan bien tratadas dijo:

—¡Oh dioses, si pierdo mi imperio, no se lo deis a nadie más que a Alejandro!

el profanador de textos

Mandó mensajeros a Alejandro para hacerle una oferta de paz.

Y esa oferta consistía en que Darío entregaría a su hija por esposa a Alejandro y la mitad del reino persa, y Darío se quedaría con la otra mitad.

Alejandro se dio vuelta hacia uno de sus oficiales macedonios de nombre Parmenión y le preguntó:

—¿Qué piensas de esta oferta?

Parmenión dijo:

—Si yo fuera Alejandro estaría conforme.

—También yo, si fuera Parmenión, —replicó Alejandro.

Pero el joven rey macedonio quería toda Persia, y la guerra continuó.

El ejército de Alejandro descansó brevemente después de la batalla de Issus y ¡luego salió en persecución de Darío.

Durante varios días avanzaron atravesando un enorme desierto, y cuando se había agotado la ración de agua, los soldados comenzaron a sufrir de una insoportable sed.

El sol quemaba con tan terrible resplandor, sus labios estaban secos y abrasados, y no había un solo soldado que no hubiera dado gustosamente todo lo que tenía por un trago de agua.

Llegó un jinete vino al galope hasta donde estaba Alejandro trayendo agua en el casco desde un oasis distante.

Alejandro tomó el casco y, al mirar alrededor, vio los ojos de sus sedientos y sufrientes soldados macedonios que lo miraban.

¿"Voy yo a ser yo el único que beba?"
—preguntó.

Luego dio vuelta el casco y volcó el agua en la arena. Hubo una gran aclamación, y sus hombres gritaron:

—¡Dirígenos, Alejandro! Contigo como conductor no sentimos ni sed ni cansancio.

Al día siguiente llegaron a un río donde pudieron saciar su sed.

Y desde entonces, los soldados amaban aún más a Alejandro, porque había compartido sus penurias y su sed. ♣

iv:4 la última batalla

Darío, el hombre que una vez había sido llamado el 'rey de reyes,' estaba en retirada.

Y en un lugar llamado Gaugamela combatió su última batalla' contra Alejandro.

Una vez más la destreza y el coraje de Alejandro y de sus macedonios les trajo la victoria.

Y otra vez más, Darío huyó a otra parte de Persia.

Bessos era el gobernador de esa provincia y quiso ganarse el favor de Alejandro, e hizo asesinar al rey Darío.

Pero cuando Alejandro lo supo, se puso furioso.

Él le había declarado la guerra a Darío y hubiera matado a todos los persas en una batalla justa, pero no hubiera asesinado jamás a un hombre indefenso, enemigo o amigo.

Alejandro le hizo al rey muerto un espléndido funeral, en tanto que el traicionero gobernador Bessos fue condenado muerte.

Las ciudades de Persia abrieron sus puertas a los victoriosos macedonios y vitorearon Alejandro como su nuevo rey.

La antigua ciudad de Babilonia se rindió sin resistencia. Egipto estaba bajo la regencia de Persia desde hacía un largo tiempo, y los egipcios detestaban

el profanador de textos

a los persas opresores, de manera tal que recibieron cordialmente a Alejandro y lo proclamaron su líder.

Y en el lugar donde confluyen el Nilo y el mar, se construyó una nueva ciudad a la que se le dio el nombre de Alejandría en su honor.

Se estableció allí la primera biblioteca, y los hombres más sabios de Grecia, Persia, Babilonia y Egipto se unieron para enseñar a los estudiantes la sabiduría de Grecia y Asia.

Durante los mil años que siguieron, la biblioteca de Alejandría fue un lugar de aprendizaje, como ningún otro en el mundo.

Sin embargo, quedaba todavía una tierra para conquistar, y era India.

Pero Alejandro y sus soldados necesitaban primero algún tiempo para descansar y disfrutar de sus conquistas.

Pero los fieles macedonios no estaban tan satisfechos con su joven rey.

Durante la guerra contra Darío Alejandro había compartido todas las penurias.

Pero ahora, como regente del enorme imperio de Macedonia, Grecia, Persia, Babilonia y Egipto, Alejandro vivía entre el lujo, como los reyes persas.

Vestía ricas/ túnicas persas y, si algún soldado quería hablarle al poderoso Alejandro, se esperaba que se postrara sobre el piso delante suyo.

Los rudos macedonios no gustaban de esas costumbres persas, y muchos de ellos murmuraban que Alejandro se había puesto demasiado soberbio y que se comportaba más como persa que como griego.

Y uno de los que murmuraban era Clito, el hombre que había salvado la vida de Alejandro en la batalla de Gránico.

Una noche, durante un gran banquete, los cortesanos persas alababan y ensalzaban al joven

rey. Le llamaban el general más grande de todos los tiempos.

Pero Clito, que estaba sentado al lado de Alejandro, permanecía en silencio.

Alejandro, que había bebido demasiado, se dio vuelta hacia Clito y le preguntó:

—¿No estás de acuerdo con lo que dicen?

—No, —contestó Clito—, yo creo que su padre Filipo era mejor general que usted.

Alejandro dio un salto, con la cara roja de ira. Los otros hombres trataron de aquietar a Clito, pero éste dijo otra vez:

—¡He peleado para el rey Filipo! ¡Se que era mejor!

Borracho y enloquecido de furia, Alejandro tomó la espada de las manos de un guarda y la incrustó en el corazón de Clito.

Pero al instante Alejandro se dio cuenta lo que había hecho. Se tiró sobre el cuerpo de Clito, pronunció su nombre, lloró amargamente, pero era demasiado tarde.

Alejandro estuvo apenado por su amigo. No tomó comida ni alimento alguno, y pasó el tiempo orando que el espíritu de Clito lo perdonara.

Pocos meses después, el rey Alejandro anunció que su ejército estaba listo para marchar a India, un territorio más grande aún que todo el imperio persa.

Al principio, los soldados macedonios estaban complacidos. Preferían las penurias y los peligros de la guerra que los lujos de Persia, que habían cambiado a su amado rey.

Marcharon entonces y avanzaron hasta llegar a las montañas del Himalaya.

Encontraron el paso Jáiber entre los escarpados picos montañosos, y cruzaron a India.

Había muchos reinos Indios, pero uno a uno cayeron ante los macedonios.

En una gran batalla tuvieron que combatir contra una caballería india montada sobre elefantes.

Pero no mucho tiempo después de esto los soldados de Alejandro se cansaron de marchar y combatir.

Extrañaban las montañas de Macedonia, que no habían visto durante diez años, y cuando llegaron a la mitad de la India, se rehusaron a seguir adelante.

Alejandro estaba furioso pero, esta vez, los fieles macedonios no le obedecieron. En contra de la voluntad de Alejandro, el ejército marchó de regreso a Persia.

En toda su campaña militar Alejandro permaneció invicto; la única vez que tuvo que retroceder fue porque sus propios soldados lo forzaron a ello.

De regreso en Persia, Alejandro comenzó a considerar nuevas conquistas, pero en medio de sus planes contrajo una fiebre. Puede haber sido malaria o fiebre del Nilo, y no hubo doctor que pudiera ayudarlo, y estaba cada vez más débil.

Cuando los soldados macedonios supieron que su rey se estaba muriendo, corrieron al palacio.

Desfilaron pasando por su cama, y de esta manera Alejandro Magno vio por última vez a los valientes hombres que habían combatido con él.

Y los feroces guerreros, que habían estado frente a grandes peligros sin vacilar, lloraban como niños cuando pasaban delante de su rey moribundo.

Cuando los soldados se habían ido y sólo quedaban los generales, uno de ellos preguntó:

—¿Quién será su sucesor?"

Alejandro respondió:

el profanador de textos

—El que valga más.

Y luego murió. Tenía treinta y tres años de edad, y había salido de Grecia sólo diez años antes.

Pero en esos diez años había creado el imperio más grande que el mundo había visto jamás.

Pero después de su muerte este gran imperio se dividió.

Sus generales pelearon entre sí por una tajada de imperio, y cada pedazo resultó, otra vez, un reino aparte.

Pero pueden ver que en cada uno de esos reinos ahora había regentes griegos o macedonios y comerciantes, artesanos y maestros griegos.

Y así, de alguna manera, la gran esperanza y sueño de Alejandro se hizo realidad.

Las espadas de sus macedonios habían abierto el camino para que el conocimiento y el arte griegos fluyeran al mundo, para encontrarse y unirse con la sabiduría de otras naciones.

Y así, por primera vez en la historia, hubo un conocimiento, una sabiduría, que todas las naciones pudieron compartir.

Éste fue el mayor logro de Alejandro Magno, el hombre que conquistó todo un mundo en diez años.

